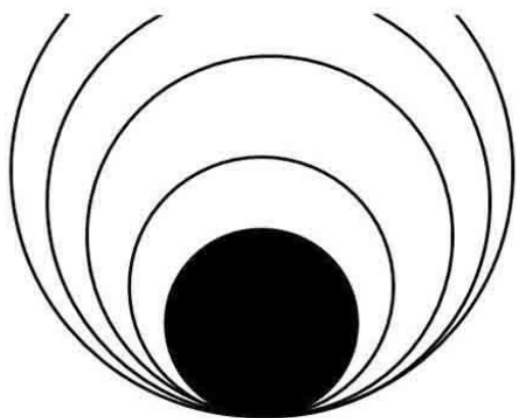




LOS ASESINOS DE LA NOCHE

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

LOS ASESINOS DE LA NOCHE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 894
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 14.966 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1979

© Clark Carrados - 1979
texto

© Salvador Fabá - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, alto, delgado, de traje vistoso, fumaba en una larga boquilla, mientras caminaba indolentemente por la acera. A primera vista parecía un homosexual, pero quienes le conocían, sabían qué clase de individuo era en realidad. Hoss Rorton, alias *el Perro*, era un rufián y explotador de mujeres de vida alegre, aparte de que, en ocasiones, aumentaba sus ingresos con algunos que otros sobres de droga.

Rorton se sentía alegre y satisfecho de la vida. Sus «corderitas», como él las llamaba, trabajaban bien y rendían pingües beneficios. Aunque en los últimos tiempos, su negocio se veía amenazado por unos intrusos. Querían quitarle su pequeño rebaño, el pan de su vida, la sal de su existencia, la fuente de sus placeres... Aquellos chicos no sabían aún bien quién era el Perro.

En cierta ocasión, unos competidores habían intentado arrebatarse el negocio. Uno yacía bajo seis palmos de tierra. El otro, después de un venenoso navajazo, que estuvo a punto de castrarlo, había considerado más prudente dedicarse a otra clase de trabajo.

Y ahora aquellos tipos iban a quitarle lo que era suyo, lo que había conseguido a costa de tantos esfuerzos... y alguna que otra paliza a la chica que se mostraba reacia a aceptar su «protección».

Algunas, especialmente rebeldes, se le marchaban del «rebaño». Rorton sabía adonde iban. Aparentemente se marchaban lejos, a trabajar en algún empleo honrado, pero luego...

Sonrió satisfecho. Allí estaba Jackie Garth, uno de los mejores ejemplares de su «rebaño». Jackie obtenía un gran éxito de clientela, debido sobre todo a la exuberancia de sus senos, que Rorton conocía muy bien. En realidad, era su favorita... para después del trabajo, claro. Primero era el trabajo, luego la diversión.

De pronto, un tipo se cruzó con él. Rorton no le prestó la menor

atención, fijos los ojos en Jackie. El sujeto parecía ligeramente bebido y tropezó con el Perro.

—Dispense, amigo —murmuró.

Se apartó a un lado y continuó su camino. Hoss Rorton quedó inmóvil, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas.

En aquel momento, dos hombres salieron de una zona en sombras.

—Vamos a hablar, Perro —dijo uno de ellos.

—Tenemos que hacerte una proposición muy interesante —añadió el segundo.

Rorton no contestó. De súbito, emitió un ligero ronquido y sus rodillas se doblaron, a la vez que giraba un poco hacia su izquierda. Un segundo más tarde, yacía en el suelo, completamente inmóvil.

—¡Diablos! ¿Qué le ha pasado a este tipo?

—¿Tanto le hemos asustado?

Uno de los sujetos se arrodilló. Casi en el acto, se puso en pie.

—Larguémonos, es un fiambre.

Los dos hombres corrieron de nuevo hacia la oscuridad. A diez pasos de distancia, Jackie Garth vio a Rorton encogido en el suelo y se acercó con vivo taconeo.

—Hoss, ¿qué te pasa? —preguntó.

De pronto, vio la manchita roja y empezó a chillar frenéticamente.

La joven tenía una bonita figura, pelo castaño y ojos grises. Su indumentaria consistía en blusa de color crema, falda azul marino y zapatos de medio tacón. En el lado izquierdo, sobre el pecho, llevaba prendida la tarjeta que era la identificación de su cargo.

Algo brillaba en sus manos. Se acercó a la mesa donde estaba el capitán Collins, de Homicidios, y depositó en ella aquel objeto.

—Varilla de acero templado, de tres milímetros y cuatro décimas, puntiaguda por uno de los extremos y con una muesca en el otro. Longitud, veintinueve centímetros y medio —dijo.

El capitán Collins miró a su subordinada.

—¿Qué deduce de ello, sargento?

Stella Howe hizo un leve gesto y sus rizos castaños se agitaron graciosamente.

—La varilla penetró casi totalmente en el cuerpo de Rorton —manifestó—. Estaba sujeta a un mango, del que se desprendió

fácilmente, cuando el asesino, tras asestar el golpe, lo hizo girar un poco. La muesca que se divisa servía para que el punzón estuviese unido al mango, que quedó así en poder del asesino. El acero, naturalmente, tras penetrar en el cuerpo de la víctima, quedó en su interior. Asomaba escasamente un centímetro, lo que impedía que el muerto pudiera sacarlo. Pero dado lo certero del golpe, no tuvo tiempo siquiera de intentarlo. Murió en menos de un minuto.

—¿Tiene alguna idea de la identidad del asesino, sargento?

—He interrogado al único testigo, Jackie Garth. No sabe siquiera cómo ocurrió, ni tampoco vio a nadie que atacase a Rorton. Estaba en una esquina y le vio venir. Un borracho se tropezó con Rorton, pero se disculpó y siguió su camino. Luego salieron dos hombres de un callejón cercano y se acercaron a Rorton, al parecer para hablar con él, pero la víctima se desplomó casi en el acto.

—¿Los ha reconocido?

—Cree saber quién es uno de ellos. Es un tal Kurt *el Zurdo*, no sabe más. Jackie opina que querían quitarle el «negocio» a su amigo. Rorton la protegía a ella y a seis o siete chicas más.

—Un negocio de prostitución —murmuró pensativamente el capitán Collins—. Asesinos en la noche... Parece como si se fuera a desencadenar una guerra de bandas.

—La dura competencia en los negocios —sonrió Stella—. Bien, si me lo permite, trataré de localizar a Kurt *el Zurdo*.

—¿Se siente con fuerzas, sargento?

—Creo que sí, señor.

—Bien, entonces, adelante... ¡y buena caza!

Stella sonrió.

—Gracias, señor.

Las dos cantantes que actuaban en el escenario eran guapas y tenían una figura muy apetitosa. Rim Trent aplaudió con gran entusiasmo cuando terminaron su número. Estaba muy cerca del escenario y ellas le sonrieron, visiblemente halagadas por los gestos del cliente.

Poco después, salió otra mujer, de mediana estatura, delgada, pelo intensamente rojo y cuya única vestimenta consistía en tres pedacitos de tela, situados en los lugares adecuados. Trent dio un salto en su asiento.

—Pero, si es...

La artista bailó una espectacular rumba, con movimientos llenos de originalidad, que provocó el delirio entre los espectadores. Al terminar, se lo hicieron repetir, pero Trent no esperó a finalizar la actuación de la pelirroja y se encaminó en busca de su camerino.

Rita Fire llegó poco después, encarnada y sudorosa. Trent le ofreció una bata.

—¡Rim! —gritó ella.

Y se colgó de su cuello, antes de aceptar la bata.

—¿De dónde sales, condenado? Hace tanto tiempo que no nos veíamos...

Trent la besó suavemente.

—Me «mataron» en el *saloon* que tú dirigías en *El último* revólver —dijo—. Te defendí gallardamente contra los pistoleros y tú lloraste luego sobre mi pecho ensangrentado...

—Fue una buena película y tuvo un éxito sensacional —dijo ella—. ¿Sigues en el oficio?

—Sí, claro. Se me da bastante bien, tú lo sabes... pero no has vuelto por los estudios...

—Bueno, ahora tengo un contrato. No puedo quejarme y, además, ya sabes, el trabajo en el cine nunca es fijo, si no se es primera figura. Por ahora, estoy muy bien aquí.

Trent sonrió.

—Rita Fire... Rita Fuego —dijo—. Los buenos tiempos pasados.

—Pueden volver —contestó ella intencionadamente.

Fue al otro lado del biombo y empezó a vestirse.

—¿Tienes prisa, Rim?

—Ninguna. Precisamente ahora estoy, digamos de vacaciones. Pronto empezaremos el rodaje de una película. Ya me han asignado un papel.

—Llegarás lejos, muchacho.

—No lo creas. Ando ya rondando los treinta años y, aunque me conservo en forma, tú conoces los motivos, sigo siendo todavía un segundón.

—Las segundas figuras dan, muchas veces, un Oscar a la película.

—Sí, en ocasiones —convino Trent, mientras se ponía un cigarrillo en la boca.

—De todas formas, no desesperes. Hay primeras figuras que aguardaron su oportunidad durante años. ¿Quién sabe?, un día te ofrecerán un papel y serás el bombazo de tus estudios.

Rita salió minutos más tarde.

—Tengo un apartamento encantador y hay café —dijo—. Pero si prefieres otra clase de bebida...

—Lo discutiremos cuando lleguemos, ¿no te parece?

—Claro, encanto.

Ella agarró su bolso al salir. En el pasillo, se cruzaron con dos hermosas mujeres, ataviadas ya en traje de calle, con las que Rita cruzó un alegre saludo.

—Aunque las anuncian como Hermanas Russell, no lo son —dijo poco después a su acompañante—. Pero el título atrae a la gente y cantan muy bien.

Trent asintió. Había visto actuar a las artistas y le había agradado mucho su forma de cantar. Además, bailaban muy bien, con un ritmo y una precisión perfectamente ensayados y mejor ejecutados. Se comprendía el éxito.

Salieron a la calle por la puerta de artistas y alcanzaron la acera, por la que caminaron unos pasos. De pronto, oyeron una voz de mujer a poca distancia:

—Kurt Miller, deténgase un momento. Quiero hablar con usted.

Trent y Rita estaban a cuatro pasos de distancia. El hombre que había sido interpelado, se volvió hacia la mujer que lo llamaba.

—¿Quieres, muñeca?

Ella, con la mano izquierda, enseñó algo.

—Policía —dijo—. Acompáñeme.

Pero, en lugar de obedecer, Miller dio un salto hacia atrás y echó a correr. A los pocos pasos, se volvió, con una pistola en la mano.

Rita chilló. Trent la agarró por la cintura, apartándola de la posible línea de tiro. Entonces, la policía, arrodillada, sujetando su revólver de reglamento con ambas manos, disparó y Miller cayó al suelo, chillando como un cerdo degollado, a la vez que llevaba ambas manos a la pierna izquierda.

—Buena puntería —comentó Trent a media voz.

Stella Howe se acercó al caído, sin dejar de apuntarle con su revólver. Miller estaba a tres pasos de la acera. De pronto, se oyó el

rugido de un automóvil.

Unos potentes faros iluminaron a la joven. Durante un segundo, Stella se quedó desconcertada, incapaz de reaccionar. De pronto, unos brazos robustos la alzaron en vilo, retirándola de la calzada, una fracción de segundo antes de que el coche, lanzado a toda velocidad, pasara por el sitio que había ocupado hasta aquel instante.

Miller lanzó un agudísimo chillido, que se cortó bruscamente cuando una de las ruedas pasó por encima de su cabeza. Rita se sintió enferma y, volviéndose hacia la pared, se inclinó y vomitó.

Stella se rehízo muy pronto y miró al hombre que la había retirado tan oportunamente.

—Muchas gracias —dijo.

—No se merecen, señora —sonrió Trent.

—Sargento Howe, de Homicidios —puntualizó Stella—. Ha actuado usted muy oportunamente.

Ya se oía una sirena, que se acercaba a toda velocidad.

—Es usted buena tiradora, sargento —elogió Trent.

—Me entreno adecuadamente —contestó la joven—. Le agradecería que fuese mañana a mi despacho.

—Iré, sargento.

Trent reparó en Rita que estaba a punto de desfallecer.

—Perdóneme —dijo.

Un coche de patrulla se detuvo junto al lugar de los hechos, con gran centelleo de sus lámparas de alarma. Trent se acercó a la pelirroja, y rodeó su cintura con un brazo. Ella se limpiaba los labios con un pañuelo.

—Lo siento, no pude evitarlo...

—Ha sido muy desagradable, en efecto. ¿Te llevo a casa?

—Sí, Rim.

Trent volvió la cabeza un instante. La sargento Howe estaba junto al coche de patrulla, hablando a través de la radio. «Una mujer muy valiente», pensó.

CAPÍTULO II

El hombre se apeó del largo coche negro y miró a todas partes, recelosamente.

—Puede salir, jefe; todo está tranquilo.

Charlie Gordon estaba equivocado. A cierta distancia, había un rifle, con silenciador y mira telescópica. Un dedo índice, cubierto por la piel negra del guante, se curvaba lentamente sobre el gatillo.

Hewley Phelps salió del coche y se irguió.

—Estoy cansado, Charlie —manifestó.

Fue lo último que dijo. La bala entró por la sien izquierda y salió un poco más abajo, encima del pómulo, llevándose, por delante la mitad derecha de la cara. La sangre salpicó el rostro de Gordon, en cuyos ojos apareció instantáneamente una expresión de horror infinito.

Phelps se mantuvo en pie un instante. Luego, como si fuese un árbol cortado, se desplomó, con sordo estruendo, sobre la acera.

El chófer abandonó precipitadamente su asiento. Al igual que Gordon, no acertaba a reaccionar. Ambos se daban cuenta de que su jefe había muerto, pero no se imaginaban siquiera la forma en que había llegado el mortífero proyectil.

Sin prisas, el asesino abandonó el lugar desde el que había disparado. Alguien le aguardaba a cierta distancia, en un coche de discreta apariencia, con el motor en marcha.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Listo para visitar a Satanás.

A través de la puerta abierta, Rim Trent podía oír retazos de conversación. En el despacho del capitán Collins se comentaba un asesinato, no cabía la menor duda.

—Ese crimen tiene relación con la muerte de Rorton —dijo Collins—. Rorton había trabajado o trabajaba para él.

—Alguien se está vengando, ¿no le parece? —sugirió Stella Howe.

—Esto empieza a preocuparme, sargento. En su... negocio, Phelps fue un personaje de categoría.

—La cosa está clara, señor: Competencia comercial.

—Comercial —bufó Collins.

Stella sonrió.

—Comercio carnal, hombre.

—Esto no es cosa de broma, sargento. ¿Qué ha averiguado usted?

—Poca cosa, señor —suspiró la joven—. Le dispararon con un rifle que, seguramente, tenía silenciador, ya que nadie oyó el estampido. Los técnicos opinan que el asesino disparó desde unos ochenta o noventa metros de distancia. Al otro lado, hay unas obras...

—Y, por si fuese poco, intentaron atropellarla, y Miller murió.

—La cosa ha empezado a hervir, señor, no cabe duda. Si me permite, saldré a hablar con el testigo que me apartó tan oportunamente de la trayectoria del coche.

—Sí, hágalo, y exprésele la gratitud del Departamento.

—Sí, señor.

Stella abandonó el despacho. Trent se puso en pie al verla.

—¿Cómo está, sargento?

Ella le tendió una mano.

—Siéntese, señor Trent —dijo—. ¿Un poco de café?

—Gracias, sargento.

—Robín, por favor —se dirigió ella a un policía de uniforme—, ¿quiere traernos dos vasitos de café?

—Claro, encanto.

Stella apoyó los codos sobre la mesa.

—Su cara me es conocida —sonrió.

—Eso me halaga, sargento.

—Le he visto y no sé dónde...

—Cine, televisión...

—Oh, ahora recuerdo. Usted es actor.

—De segunda fila, sargento.

—Pero lo hace muy bien. —Stella cerró los ojos un instante—.

Le vi «morir» en *El último revólver*.

—La dueña del *saloon*, a la que defendí con mi vida, me acompañaba anoche.

El policía trajo los vasos con café, y los dejó sobre la mesa.

—¿Le gusta su profesión, señor Trent?

—Me defiendo. Nunca me falta trabajo, aunque no desempeñe ningún papel. También soy *stuntman*, especialista, ¿sabe?

—Ah, dobla a los protagonistas en las escenas peligrosas.

—Caídas de caballos, vuelcos de automóvil, lanzamiento en paracaídas, en fin, escenas violentas.

—Entre otras cosas, eso significa que tiene buena vista, señor Trent —dijo la joven.

—No puedo quejarme.

—Entonces, cuénteme lo que vio, después de que hice el disparo contra Miller.

—El coche era un modelo del 73, color gris azul. Iba ocupado por una sola persona. Hombre, desde luego. Me pareció que era de cara redondeada. Pude ver las dos últimas cifras de la matrícula: un dos y un nueve.

—¿De California?

—Sí, sargento.

—Vio más que yo —sonrió Stella.

—Usted no podía fijarse en nada, en aquellos instantes.

—Sí, es cierto.

Mientras hablaban, Stella había ido tomando notas en una agenda. Al terminar, ella le dirigió una clara mirada.

—El capitán Collins me ha encargado le exprese el agradecimiento del Departamento —dijo—. Esto, de una manera oficial. Particularmente, cuente siempre con mi gratitud, señor Trent. Y con mi admiración, por sus dotes artísticas.

—Es usted muy amable, señorita... perdón, sargento.

—No se preocupe por el tratamiento.

Trent se puso en pie.

—Deseo que encuentre al asesino —dijo.

—Costará un poco. Actúa siempre por la noche, y nadie le ve jamás.

—Un tipo astuto, desde luego.

Trent comprendió que Stella daba por terminada la entrevista, y se despidió. Al abandonar la Comisaría, se preguntó qué podía

hacer aquella mañana.

Rita estaba todavía bajo los efectos del *shock* padeció al ver el salvaje atropello del hampón. Al llegar a su casa, le había aconsejado tomar un sedante, visto el estado nervioso en que se encontraba, y ella había seguido el consejo, sin vacilar. Por tanto, la diversión se había frustrado.

Se notó los músculos un tanto envarados. Eso no le convenía en modo alguno, y dirigió los pasos hacia el gimnasio de un amigo, en el que se entrenaba con frecuencia.

Había dos hermosas jóvenes en la sala, ataviadas con blusa corta y *pantys* de *ballet*, realizando ejercicios de gimnasia de precisión, siguiendo el compás de la música que brotaba de un altavoz. Trent parpadeó al reconocerlas.

—No sabía que tuvieras esa clase de clientela, Eph —dijo.

Ephraim Kottom, director del gimnasio, hizo un gesto con la cabeza.

—Acuden desde una fecha relativamente reciente —contestó—. Más que nada, vienen para hacer un poco de ejercicio y someterse luego a unas buenas sesiones de masaje. Pero no te hagas ilusiones, Rim.

—Yo no he dicho nada...

—Las Hermanas Russell no toleran que nadie se les acerque. Son de una seriedad inaudita. Ya ves, en estos momentos, tienen el gimnasio para ellas solas. Una hora, cada dos días, excepto domingos, claro.

—Soy un hombre muy virtuoso, Eph —dijo Trent alegremente.

—Ya. Y yo, el general MacArthur.

—Está muerto.

—Por eso.

Los dos hombres sé echaron a reír.

—Eph, ¿sabes que no son hermanas? —dijo Trent, de pronto.

Kottom se encogió de hombros.

—Nunca me meto en la vida privada de mis clientes —contestó.

Las artistas seguían con sus ejercicios. Trent buscó un taburete y se sentó. Lo hacía muy bien. Algún día las contratarían para una película, y quizá podrían coincidir...

También conocía sus nombres auténticos. Rita se lo había dicho.

Los tenía bien grabados en su mente. Della Penton y Cassie Drummond.

Della era rubia. Cassie tenía el pelo oscuro. Sus figuras parecían absolutamente idénticas. Aunque los rostros expresaban diferencias, podían pasar perfectamente como hermanas.

Al cabo de un rato, las artistas suspendieron su entrenamiento, y se encaminaron a la sala de masaje.

—Ahora, tú, Rim —dijo el director del gimnasio.

Trent se sintió decepcionado, más tarde. Della y Cassie se marcharon por otra puerta, y no pudo verlas vestidas de calle.

Mientras practicaba con las pesas, se preguntó si la sargento Howe se entrenaría también. La había visto muy ágil. Y resuelta y valiente, aunque en el último instante se había desconcertado.

¿Por qué diablos habían querido matarla?

Salió del gimnasio, notablemente tonificado. Tenía apetito y buscó un sitio dónde llenar el estómago. No tardó en encontrar un restaurante rápido. Cuando se disponía a entrar, vio que se detenía un coche frente al local.

Le costó un poco mantener la serenidad. Era un coche gris azul, de cinco años antes, cuya matrícula terminaba en 29.

El hombre que se apeó tenía la cara redonda. Miró a derecha e izquierda, y luego cruzó la acera con paso rápido, en dirección al restaurante.

Tranquilamente, Trent se encaminó a una cabina, entró y puso una moneda en la ranura. Luego marcó un número.

—Póngame con la sargento Howe, de Homicidios —dijo—. Soy Rim Trent. Díganle que es muy urgente.

La voz de Stella sonó a los pocos instantes en sus oídos.

—¿Señor Trent?

—Estoy en la Cuarta Avenida, cerca del ochocientos doce. El coche sospechoso se ha detenido frente al restaurante rápido que hay junto a la esquina. Se ha apeado el hombre de la cara redonda... —Voy inmediatamente para allí— contestó la joven. — Señor Trent, si ese hombre se marchase, ¿podría seguirlo?

—Sí. Tengo mi coche a poca distancia...

—Deme su matrícula. Haré que avisen a las patrullas de esa zona.

Trent abandonó la cabina momentos después. «Mira por dónde,

me he convertido en un policía honorario», se dijo, divertido ante la perspectiva de vigilar a un posible asesino.

Pero ahora se trataba de una acción real, no simulada, como había sucedido en las películas en que desempeñaba el papel de un detective, por lo general, ayudante del jefe. Segundos papeles, pensó. ¿No llegaría a protagonista algún día?

Dejó de lado aquellos pensamientos, para concentrarse en la vigilancia del restaurante. Sentado tras el volante de su coche, encendió un cigarrillo. El hombre de la cara de luna llena estaba sentado ante el mostrador, comiendo con voracidad de fiera hambrienta. «Seguro que parte los huesos con la dentadura», se dijo.

Quince minutos después, divisó a la sargento Howe.

Stella avanzaba con paso rápido, el bolso colgado del hombro izquierdo y la expresión resuelta. Desde su observatorio, Trent la vio hacer un gesto con la mano. A través del retrovisor, captó la imagen de un policía de uniforme que corría a situarse en la esquina del restaurante. Un poco más atrás, estaba el coche blanco y negro, que había llegado en completo silencio.

A espaldas de Stella, otro agente se situó estratégicamente. Ella se acercó a la puerta del restaurante. Justo en aquel instante salía el sospechoso.

El hombre vio a los dos policías, y trató de llegar a su coche. Stella le dio el alto.

El hampón se revolvió furiosamente. Entonces, Stella agarró su brazo derecho, hizo una impecable llave de «judo» y el sujeto voló por los aires. Antes de que pudiera recuperarse, ella le había puesto los brazos a la espalda. Las esposas se cerraron sobre las muñecas del sospechoso.

Los policías corrieron hacia allí. Stella se incorporó.

—Llévenlo a jefatura —ordenó.

—Bien, sargento.

Stella se apartó de la frente un mechón de cabellos, mientras avanzaba hacia Trent, que ya había abandonado su coche.

—Le agradezco mucho su información —sonrió.

—Todo lo contrario, ha sido un placer. Pero me olvidé de una cosa, sargento.

—¿Sí, señor Trent?

—Una cámara tomavistas.

Stella se ruborizó.

—Estoy bien entrenada —contestó.

—Es un oficio peligroso.

—Me gusta. —La mano de la joven se tendió amistosamente—.
Gracias una vez más —se despidió.

CAPÍTULO III

Abandonó la jefatura, cansada, pero satisfecha en cierto modo. Había sido una jornada agotadora. Ahora llegaría a su casa, se metería en la bañera y...

Un leve toque de bocina le hizo volver la cabeza. Desde su coche, Rim Trent le hacía gestos con la mano.

Stella se acercó al actor.

—Hola —sonrió—. ¿Sucede algo?

—Me ha hecho aguardar mucho rato —dijo él.

—No dirá que estaba aquí por mí exclusivamente.

—Lo afirmo. —Trent abrió la otra portezuela—. Suba, mujer fuerte; la veo cansada y puedo llevarla a un sitio donde podrá recobrar energías. A menos que la espere un marido cariñoso, con la mesa puesta y los niños en la cama.

Stella rió, divertida ante la perspectiva pintada por el joven.

—No tengo a nadie que me espere —contestó—. ¿Es bueno el restaurante?

—Se come como Dios manda, es decir, alimentos naturales, guisados sin prisas, con las especias justas... —En voz baja, añadió—: Confidencialmente, el pollo que nos aguarda no ha conocido jamás los piensos artificiales.

—Debe de estar succulento —dijo Stella, entusiasmada—. Pero eso significa que ya ha encargado la mesa...

—Sí.

—Es usted de los que adivinan el pensamiento, ¿eh?

—Un poco.

Stella se sentó junto a Trent, quien arrancó de inmediato.

—Su nombre es Rim Trent, pero me parece que debe de ser el seudónimo artístico, ¿no? —dijo la joven a los pocos momentos.

—En realidad, me llamo Horacio César, pero son nombres demasiado altisonantes. Rim era el apodo de mi época de estudiante

y lo utilicé al empezar a actuar en el cine.

—Comprendo. Oiga, ¿está ahora sin trabajo?

—De vacaciones. Dentro de dos semanas, tendré que incorporarme al rodaje de una película. Me han dado el segundo papel, con una buena intervención. Creo que significará un paso muy importante en mi carrera.

—Lo celebraría infinito, señor Trent.

—Rim, por favor. Oiga, ¿cómo una chica tan guapa como usted...?

—No siga, adivino lo que quiere decir. Me gusta ser policía.

—Cuando uno trabaja en lo que le gusta, es feliz —dijo Trent sentenciosamente. La miró de reojo un instante—. Tan joven y ya sargento...

—Entré a los dieciocho años, y ya llevo nueve en el Cuerpo.

—Y está soltera.

Stella se puso seria.

—Iba a casarme —murmuró.

—Y se rompió el compromiso.

—Lo rompió una bala.

Trent guardó silencio unos instantes.

—Lo siento de veras —dijo al cabo—. Era policía, supongo.

—Sí.

—Es joven todavía. Tiene mucha vida por delante.

—Gracias, Rim. Usted también es soltero.

—Nunca me he planteado la idea del matrimonio. Hay tiempo —sonrió el joven.

—Pero es muy atractivo...

—Psé, lo corriente.

—Y, en alguna ocasión, alguna mujer...

—No me saque los colores —dijo Trent jovialmente—. ¿Puedo hacerle una pregunta, Stella?

—Claro, Rim.

—¿Qué ha dicho Cara Redonda?

—Oyó el disparo y se asustó. No hay quien lo saque de esa respuesta.

—¿Cuál es su opinión?

—Mató a Miller, para que no hablase.

—Pero iba por usted.

—Acaso trató de matar dos pájaros de un tiro, pero ¿cómo probarlo? Ya está su abogado con los trámites del *habeas corpus*.

—Libertad bajo fianza, ¿eh?

Stella suspiró y se recostó en el asiento.

—Es un asunto muy feo —dijo.

—¿Drogas?

—Prostitución.

—Oh... «Protección» a las chicas de vida alegre, ¿no?

—Justamente. Hace dos días, murió un rufián y sólo sabemos cómo lo mataron, pero no quién lo hizo. Aquella noche, un conocido dueño de burdeles murió. Le volaron la cabeza. Miller, el hombre al que herí en la pierna, trabajaba para él. Pensamos que se trata de una guerra entre competidores por el mismo negocio.

—Un asunto verdaderamente sucio —dijo Trent.

—Pero tenemos que resolverlo. Y lo conseguiremos.

—Eso espero. Stella, estamos llegando ya. ¿Por qué no procuramos concentrarnos ya en el pollo que está a punto de salir del horno?

—Rim, ¿es siempre tan persuasivo con las mujeres? —preguntó ella alegremente.

—A veces, también fracaso. Pero siempre procuro acertar. Ha trabajado duro, está cansada y hambrienta... y esta cena la va a dejar como nueva, ya lo verá.

Las artistas continuaban entrenándose. Trent contempló el espectáculo durante unos minutos, hasta que se marcharon a la sala de masajes. Luego inició sus entrenamientos.

Por la tarde, fue al rancho de un amigo suyo que alquilaba caballos a las productoras de cine y, debidamente equipado, cabalgó durante un par de horas. Luego se duchó, se cambió de ropa y pensó que Rita se habría repuesto ya lo suficiente para invitarle a una copa en su apartamento, después de su actuación.

Rita, efectivamente, volvía a estar en forma, y consiguió nutridas ovaciones de la concurrencia. Cuando regresó al camerino y vio a Trent, le saltó al cuello inmediatamente.

—A ver si hoy nos dejan en paz —dijo, con voz cálida y llena de promesas.

Minutos más tarde, abandonaba el teatro. Las Hermanas Russell

salían delante de ellos. Vieron a Trent y le sonrieron amistosamente.

—Parece que te conocen —observó Rita.

—Nos entrenamos en el mismo gimnasio —contestó él.

—Son muy ágiles, en efecto —admitió la pelirroja.

Della y Cassie marchaban delante de ellos. De repente, un hombre les cerró el paso.

—No tan deprisa, muñecas —dijo—. Quiero hablar con vosotras.

Rita ahogó un grito de susto. Trent apretó su brazo fuertemente.

—Quieta —murmuró.

Acababa de reconocer al sujeto. Cara Redonda volvía a las andadas, después de pasar unas pocas horas en la comisaría.

—Creo que se equivoca, caballero —dijo Della fríamente.

—¿Le conoces? —preguntó Cassie.

—Nunca le había visto en mi vida.

El hampón soltó una risita.

—Sois muy divertidas, chicas, y con una memoria pésima...

De repente, Della alargó su brazo, asió la mano derecha del rufián y tiró con violencia hacia sí, a la vez que alzaba la rodilla derecha.

Cara Redonda lanzó un gruñido de dolor. Cassie le quitó el sombrero y le tiró del pelo. El rufián emitió una obscena imprecación. De repente, Della agarró su brazo nuevamente, metió el hombro, y el sujeto voló por los aires, para estrellarse sordamente contra el suelo. Cuando intentaba levantarse, Cassie le pegó un punterazo en plena boca.

Cara Redonda cayó de espaldas, espurreando sangre. Las dos artistas continuaron su camino.

Trent se volvió hacia la pelirroja.

—¿Has visto lo mismo que yo, Rita?

—Parecía de película —contestó ella.

—Una buena lección, para un desaprensivo —calificó Trent.

Cara Redonda estaba sentado en el suelo. Trent no pudo evitar una risotada al ver su aspecto.

—Le gusta reír, ¿eh? —dijo el hampón, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Bramando como un toro enfurecido, se arrojó contra el joven. Trent alargó el brazo izquierdo, asió la muñeca de su atacante y

luego le clavó el puño derecho.

Cara Redonda se inclinó, con las facciones distorsionadas por el dolor. Trent lo agarró por los cabellos, le hizo girar en redondo y luego le arreó un tremendo puntapié. El hampón, catapultado por el golpe, corrió unos pasos y sólo se detuvo cuando un cubo de basura le salió al paso. Trent dio un par de saltos, lo agarró por los tobillos y lo hizo zambullirse en el recipiente por completo. Luego se agachó, cogió la tapa, la colocó y, finalmente, se sacudió de las manos un polvo imaginario.

—Al menos, la acera ha quedado limpia por unos momentos —dijo alegremente.

—Me siento estupefacta —declaró Rita Fire—. Has actuado exactamente igual que en las películas.

—Para eso me entreno —contestó él—. ¿Seguimos?

—Sí, señor.

Cerca del mediodía, Trent descolgó el teléfono y marcó un número.

—Sargento Howe, por favor —pidió—. Soy Rim Trent.

Stella contestó a los pocos momentos.

—Hola, Rim —saludó—. ¿Le ocurre algo?

—Ayer por la noche, vi a Cara Redonda en la calle.

—Claro. El juez aceptó la demanda de *habeas Corpus*.

—Un asesino anda suelto por las calles —gruñó él.

—Nosotros, los policías, no hacemos las leyes; simplemente, nos encargamos de que se cumplan.

—Sí, es cierto. Pero Cara Redonda...

—Se llama Tony Tabrole, Rim.

—Bueno, como sea, ha vuelto a las andadas. Incluso yo tuve que sacudirle un par de golpes.

—¿Cómo fue eso, Rim? —preguntó ella, súbitamente interesada.

Trent le explicó el incidente ocurrido la víspera. Al terminar, ella le dio las gracias.

—Ha sido muy amable, Rim.

—Me figuré que le gustaría saberlo. Encantado de saludarla, Stella.

La joven dejó el teléfono en su sitio. Meditó durante unos segundos y luego se levantó y caminó hacia el despacho del capitán

Collins.

—¿Lo cree necesario, sargento? —preguntó Collins, después de que Stella le hubiera expuesto sus deseos.

—Podría resultar interesante, señor. Lo cierto es que Tabrole ha vuelto a las andadas.

—Hay gente que no escarmienta jamás —gruñó el capitán—. Bien, de todos modos, no vaya sola.

—Pediré a Roberts que me acompañe, si no tiene inconveniente, señor.

—Ninguno, sargento.

Trent levantó el teléfono y marcó un número. Rita le contestó a los pocos momentos.

—¿Por qué me despiertas? —se quejó.

—Quiero pedirte un favor, nena. Me debes alguno, creó.

—Nos lo debemos mutuamente, especie de canalla —rió la pelirroja—. Está bien, desembucha.

—Rita, anoche comentaste que conocías un poco a Cara Redonda.

—Sí, hablé con él un par de veces. Quiso... Bueno, imagínatelo.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Te pondrás colorado si te lo repito.

—No lo digas, me lo imagino. ¿Sabes dónde vive ese pajarraco?

—¿Por qué me lo preguntas, Rim?

—No seas curiosa, mujer de fuego.

—Me parece... Sí, creo que en la Avenida Mountain, setecientos doce o cosa así. El doce, seguro, ahora lo recuerdo.

—¿Cómo lo sabes, nena?

—Bueno, yo le llevé en el coche una vez, y él me enseñó la casa. «Es ahí donde vivo», dijo.

—Gracias, encanto.

Trent colgó el teléfono. Mientras terminaba de vestirse, se preguntó si era correcto lo que iba a hacer.

Bueno, un ratito de charla con Tabrole no estaría de más. Algo conseguiría y...

Sentíase intrigado por la actuación de las Hermanas Russell. Dos hermosas jóvenes, que habían peleado al unísono, con un perfecto entrenamiento, contra cuyos efectos se había mostrado impotente Cara Redonda. Sí, dos muchachas muy intrigantes, se dijo.

Los datos que le había facilitado Rita resultaron correctos. Pero Trabóle, realmente, aunque estaba en su casa, ya no vivía en ella. Sólo era un cadáver.

CAPÍTULO IV

Cara Redonda estaba sentado en un sillón, al cual había sido amarrado con los cordones de las cortinas. Sus ojos aparecían desmesuradamente abiertos, expresando un horror infinito. No había podido gritar, debido a la mordaza que aún tapaba su boca.

Sus pies estaban sobre un lago de sangre ya seca. Le faltaban los pantalones y estaba desnudo de la cintura para abajo. Trent sintió una horrible náusea al ver la forma en que había muerto el hampón.

De pronto, oyó una voz tensa a sus espaldas:

—¡Policía! No se mueva. Ponga las manos sobre la cabeza. Inmediatamente, ¿me oye?

Trent obedeció instantáneamente. Un grito de mujer sonó a continuación:

—¡Rim! ¡Oh, Dios mío, qué cosa tan horrible...!

—Le aconsejo que no mire, Stella —dijo el joven.

—Roberts, es amigo —manifestó Stella—. Pero ¿qué hace usted aquí?

—Se lo contaré luego. Acabo de llegar —respondió Trent.

El detective Roberts lanzó una imprecación.

—Nunca había visto una cosa tan horripilante —dijo.

Trent se volvió. Stella aparecía muy pálida.

—Roberts, llame a una ambulancia —ordenó—. Pida también que vengan el forense y el equipo de huellas.

—Bien, sargento.

Trent sacó cigarrillos y ofreció uno a la joven.

—Le conviene —dijo—. ¿Nunca había visto a un hombre castrado?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Después, le dejaron desangrarse. ¿Quién tiene esos sentimientos de fiera?

—Las fieras matan solamente para comer. No toman venganza

de sus enemigos.

—Sí, es cierto. —Stella inhaló el humo del cigarrillo—. ¿Cómo se le ocurrió venir aquí, Rim?

—Ya le conté lo que sucedió anoche. Me entró curiosidad, simplemente.

—¿Sólo por eso?

—No sea suspicaz. Quería ayudarla.

—Ya tengo colaboradores —dijo ella, con aspereza.

Roberts dejó el teléfono. Contempló unos instantes el cadáver y luego se volvió hacia Stella.

—Sargento, aquí falta algo —dijo.

—¿Qué, Roberts?

El detective se mordió los labios. Trent observó que parecía muy turbado.

—Bueno... a ese infeliz lo mutilaron... pero no veo los órganos a... amputados.

Stella abrió la boca.

—¿Quiere decir que el asesino se... se los llevó?

—De momento, eso es lo que se aprecia, sargento.

Trent sintió una violenta náusea.

—He visto un bar en este mismo edificio —manifestó—. Stella, necesito un buen trago.

—De acuerdo, pero no deje de ir mañana por mi despacho.

—Sí. —Trent se dispuso a salir, pero, de pronto, se volvió hacia la joven—. Stella, ¿no se siente...?

—Me siento horriblemente mal, pero es mi oficio —respondió la joven con voz firme.

Trent asintió y se dirigió hacia la escalera. Aquella visión le iba a costar mucho borrarla de su memoria, se dijo, mientras se encaminaba en busca de un doble de *whisky*, como un náufrago hacia la costa salvadora, donde espera encontrar agua y comida.

El hombre llamó a la puerta con los nudillos y abrió, una vez le fue concedido el permiso. Llevaba en las manos un paquete y lo dejó sobre la mesa, tras la cual se hallaba Reg Falken.

—Rocky, ¿qué es esto?

—Lo ignoro, jefe. Acaba de entregarlo el empleado de una agencia de reparto. Parece una caja de habanos.

—¿No será una bomba? —se alarmó Falken. Tenía muchos enemigos y eran capaces de todo.

Rocky Golitto negó con la cabeza.

—Andy Cromarty está afuera, y lo ha examinado, aunque sin abrirlo, claro. El entiende de estas cosas; estuvo en el Ejército, en una unidad especial. Es capaz de oler la dinamita a cien pasos de distancia.

—Muy bien. Quizá, en efecto, se trate de cigarros. Hace poco le hice un favor a Mike Rivera, ya sabes, el de La Casa Azul. Una de sus chicas se le sublevó y... Bueno, Mike se siente muy agradecido.

—Seguro, jefe.

Golitto se retiró. Algo más tranquilizado, Falken rasgó el papel de la envoltura. Sí, era una caja de habanos.

Sobre la mesa tenía una plegadera. Rasgó el precinto, levantó la tapa y, en el acto, lanzó un horrible chillido.

La caja quedó sobre la mesa, mientras que él se echaba hacia atrás, contemplando con ojos espeluznados aquella repugnante cosa que yacía sobre una delgada capa de algodón. Golitto y Cromarty entraron en el despacho a la carrera, pistola en mano, alarmados por aquel grito.

—Jefe, ¿qué pasa...?

Golitto se interrumpió bruscamente al ver el macabro envío. Cromarty se puso una mano en la boca, dio media vuelta y echó a correr en busca del cuarto de baño.

Los tres hombres habían leído en el periódico la noticia de la espantosa muerte de Tony Tabrole, desangrado después de serle amputados los órganos sexuales. Y ahora, alguien le enviaba aquellos horribles despojos.

La nuez de Golitto subió y bajó convulsivamente.

—Jefe, habrá que avisara la Policía...

—¡Por todos los diablos, no! —bramó Falken. Alargó la mano y cerró la caja—. Entierra eso en el jardín. Hazlo discretamente, que no te vea nadie. Y cierra el pico, ¿estamos?

Golitto agarró la caja con tanto cuidado como si fuese una brasa ardiente.

—Dile a Andy que calle —ordenó Falken—. Esto es algo que no debe salir de nosotros, ¿estamos?

—Sí, señor.

Cuando el esbirro se hubo marchado, Falken corrió a la mesita de los licores y se sirvió una buena dosis de *whisky*. Estaba tan nervioso, que parte del líquido se derramó por su mentón. Tuvo que tomar otra ración, para sentirse un poco mejor.

Luego se preguntó si aquel macabro envío no sería una especie de aviso. «Aviso de muerte», puntualizó mentalmente.

Pero estaba bien protegido. El asesino, fuese quien fuese, no lograría llegar hasta él.

Rim Trent llegó hasta la cama, sin que su ocupante se diese cuenta de su presencia, y contempló unos momentos a la atractiva mujer de rojos cabellos, que yacía boca abajo, completamente desnuda.

—Sola o acompañada, no usa nunca ropa en la cama —sonrió Trent.

Bajó las sábanas y disparó un papirotazo a una de las blancas nalgas.

Rita dio un grito y se despertó de golpe.

—¡Asesino! —le apostrofó, tendida de costado, se frotaba con fuerza el lugar afectado—. ¿Qué formas son ésas de irrumpir sin avisar en el dormitorio de una dama?

—¿Seguro, Rita?

—Es un dormitorio, ¿no?

—Yo lo decía por ti —sonrió Trent maliciosamente.

—Eres un... Bueno, ¿qué diablos quieres? Apenas son las diez de la mañana...

Trent llevaba un periódico doblado en el bolsillo de su chaqueta a cuadros. Lo sacó y extendió la primera página, a fin de que Rita pudiera leer la noticia que se daba allí, con enormes titulares.

Los labios de la pelirroja empezaron a temblar.

—Dios, no es posible...

—Le cortaron todo, a nivel.

—Era un canalla, pero... ¿merecía morir de tan mala manera?

—El que lo hizo, opinaba así. Rita, ve al baño; pronto tendré listo el café.

—Vaya formas de despertar a una mujer amiga —se quejó ella—. ¿Qué habría pasado, si no fuésemos amigos?

Trent contuvo una sonrisa. Fue a la cocina, llenó la cafetera de

agua y la puso al fuego. Minutos después, tenía el café listo.

Rita apareció a los pocos momentos, envuelta en una bata, con él cabello despeinado y la cara descolorida. En silencio, Trent le entregó una taza de café. Discreto, aguardó hasta que ella empezó a sentirse un poco mejor.

—Bien, Rim, dime. ¿A qué has venido? ¿Sólo para que me enterase de la noticia?

—No. Tú conocías a Tabrole...

—Sólo hablé con él en un par de ocasiones —le recordó Rita.

—Lo sé, pero, en cierto modo, le conocías. Y sabías cosas de él. Tú sabes por qué te lo digo, ¿verdad?

Rita asintió de mala gana. Eran pocos los que lo sabían, y Trent era uno de ellos. En una época muy mala, cuatro o cinco años atrás, se había sentido forzada a buscar clientes por las aceras de las calles.

Cierto día, un productor de cine la había visto, y creyó que podía dar el tipo ideal para un pequeño papel que le faltaba por cubrir. Aquello le permitió a Rita sustraerse a un oficio que desempeñaba por pura necesidad.

—Está bien —cedió—. Te diré lo que sepa...

Trent sonrió y llenó de nuevo la taza.

—Empieza cuando gustes, muñeca —invitó.

—Me siento desconcertada, jefe —confesó Stella Howe.

—¿Por qué? —quiso saber el capitán Collins.

—No hay antecedentes de un maníaco sexual que actúe de semejante manera. Ciertamente, hay algunos casos de castración, pero, aparte de que son raros, en ninguno de ellos aparece que el asesino hiciera desaparecer los órganos amputados.

—¿Se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de una venganza?

—Sí, creo que se trata de una venganza.

—¿Era Tabrole homosexual? Dada su «profesión», si se le puede llamar de esa manera, podría darse el caso...

—No, no lo era en absoluto. Los informes al respecto sobre sus actividades sexuales son contundentes. «Protegía» a media docena de chicas, como muchos, pero todas ellas han declarado que era un sujeto particularmente... activo.

El capitán Collins sonrió al observar el color que había aparecido súbitamente en las mejillas de su subordinada.

—Al menos, la computadora podrá descartar a los homosexuales. ¿Qué dicen sus «viudas»?

—Yo he interrogado a dos de ellas personalmente. Roberts y Mendoza tienen dos más cada uno. Hasta ahora, no hemos sacado nada en limpio. Ni creo que lo consigamos —respondió Stella desanimadamente.

Collins se frotó la mandíbula.

—Resulta intrigante, en efecto —dijo, con acento pensativo—. Mataron a Hoss Rorton, *el Perro*, pero le clavaron un punzón de un pie de largo. El Perro tenía otra cuadra de «corderas». Su muerte parece el resultado de una venganza largamente meditada o el asesino no se habría preparado un punzón tan hábilmente construido. La diferencia entre los dos asesinatos es notoria, pero las víctimas ganaban su pitanza por los mismos procedimientos.

—Eso es lo que me desalienta —admitió Stella—. Y si tenemos en cuenta que a Phelps le volaron la cabeza, deberemos admitir que el asesino, aparte de actuar por la noche, no emplea nunca los mismos métodos.

—Sin embargo, creo que lo interesante sería conocer los motivos por los cuales Trábelo sufrió una mutilación tan espantosa. ¿Cree usted que era «más» culpable que los otros dos?

Stella hizo un gesto con la cabeza.

—Seguiré investigando, es todo lo que puedo decirle, jefe —manifestó.

—No se desanime. Pida toda la ayuda que necesite. Todo el departamento está con usted, Stella.

Y la joven se sintió mejor al oír que su jefe la llamaba por el nombre y no le daba un tratamiento oficial. Intentó sonreír y abandonó el despacho, para dirigirse al suyo.

Rim Trent estaba aguardándola junto a la mesa. Cuando la vio entrar, se puso en pie.

—Vaya jaleo —comentó—. ¿Han hecho alguna redada? Esas mujeres que están ahí afuera, arman un escándalo muy respetable... ¿Sabe lo que me recuerdan, Stella? La jaula de los monos, en el «ZOO»...

—Éste no es un asunto que se pueda tomar a la ligera, Rim —dijo ella, en tono de reproche.

—Lo sé. Sólo quise hacer un comentario... Después de lo que

vimos ayer tarde, no es cosa que se pueda considerar como una broma. Pero por eso precisamente estoy aquí yo.

—Le dije que viniera a verme. Son casi las doce. ¿Por qué ha tardado tanto?

—He estado trabajando para usted.

—No me diga —exclamó ella, irónica.

—Se lo digo —respondió Trent, muy serio—. Es más, he averiguado algunas cosas que pueden resultarle muy útiles en su investigación.

CAPÍTULO V

Stella se asomó a la puerta y pidió a una policía femenina que trajese dos vasos de café. Luego volvió detrás de su mesa.

—Hable, Rim —invitó.

—Por el momento, podemos dejar de lado a Rorton y Trábelo. Centremos nuestras miradas en Phelps.

—Muy buen. ¿Y...?

Trent empezó a contar con los dedos.

—Eran cinco socios: Hewley Phelps, Danny Turbolt, Reg Falken, Edwin Mortensen y Ricardo Torre. Controlaban, por lo menos, el sesenta por ciento de las prostitutas. Naturalmente, tenían sus ayudantes y colaboradores; ya sabe, los tipos que guían a las chicas por el mal camino, impidiéndoles que lo abandonen para llevar una vida decente. Golpes, palizas, caras rajadas, vitriolo... Pero esos cinco tipos eran los que dirigían el asunto.

—Siga, Rim.

Llegó el café, y la conversación se interrumpió unos momentos. Trent continuó:

—Ahora, los cinco socios están retirados. Bueno, uno de ellos, para siempre. Me refiero a Phelps. Pero antes de que le pegaran el balazo, ya había dejado el negocio, como los otros. Hace años, parece ser, se vieron envueltos en un asunto de trata de blancas. Exportación de «mercancías», para que lo entienda. Los federales tomaron cartas en el asunto, y esos tipos, listos al fin y al cabo, decidieron disolver la sociedad. Habían conseguido ya bastante dinero, y cada uno emprendió un negocio distinto, honrado, por supuesto. Mi impresión es que debe empezar por interrogar a los socios vivos. Puede que así consiga algo importante.

—Hay cosas que yo ignoraba —declaró Stella—. Claro que no siempre he estado en este departamento... ¿Cómo lo supo usted?

—No puedo declarar mis fuentes de información —sonrió Trent.

—¿Un confidente?

—No sea curiosa, mujer. Ya tiene algo para empezar, ¿no?

Stella apoyó los codos en la mesa y le miró penetrantemente.

—Rim, ¿cree que esté desempeñando un papel en el cine? —preguntó.

—No. Esto es algo mucho más serio, absolutamente real. Pero, aún no siendo policía, he hecho unas cuantas películas... y leyendo los guiones, escritos siempre por gente que se asesora con verdaderos expertos, se aprenden muchas cosas.

—Entre ellas, a utilizar confidentes —sonrió Stella.

—En singular —puntualizó Trent.

—¿Sólo uno?

—Una.

—¿Cómo la convenció para que le diera esa información?

—Secreto profesional, Stella.

—Usted no es profesional.

—Bueno, era una frase. ¿Qué más le da? Ya tiene la información. Utilícela.

Trent se puso en pie.

—Stella, ¿no se toma usted siquiera el descanso de un fin de semana?

Ella le miró de reojo.

—Me está proponiendo que vaya con usted a una cabaña, en las montañas...

—No. Usted no es una chica a la que se puedan hacer ciertas proposiciones.

—Gracias, Rim.

—Adonde la quiero llevar es al rancho en que hago muchos de mis entrenamientos, sobre todo, cuando tengo que actuar en una película del Oeste. Está en un paraje muy ameno, con un río, árboles, prados... y sólo a dos horas de la ciudad, lo que incluye la posibilidad de regresar en el día. Lo dirige un buen amigo, casado y con dos hijos. A veces, incluso, lo alquilan para las películas. Y, por supuesto, tiene caballos, que también alquila a los productores de cine.

—Me lo está pintando tan maravillosamente bien, que ya me entran ganas de conocer ese lugar —sonrió ella.

—El sábado próximo, por ejemplo.

—Tal vez. No depende de mí, Rim.

—Sí, es cierto. Animo, empiece a trabajar... y consiga un éxito sensacional, deteniendo al asesino de la noche. O a los asesinos, ya que no se sabe si son uno o más.

—Rim, un día le darán el Oscar, y entonces me sentiré muy orgullosa se haberle conocido —dijo Stella.

—Para mí, el «Oscar» está tan lejos como la luna —se despidió el joven.

Al salir de jefatura, consultó su reloj. Todavía tenía tiempo de hacer una hora de entrenamiento en el gimnasio de su amigo Eph Kottom.

Las Hermanas Russell estaban allí, y le sonrieron al verle llegar.

El coche se detuvo en el garaje. Golitto y Cromarty, las manos en el interior de la chaqueta, se apearon y revisaron a conciencia los alrededores. Luego, Cromarty hizo un gesto y Falken se apeó.

Sudaba. Buscó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Está nervioso, jefe —observó Golitto.

—¿Quiere que le prepare un doble de *whisky*? —sugirió Cromarty.

—Sí... Llévame al dormitorio.

—Bien, jefe.

Falken cruzó la sala y se encaminó al dormitorio. En la mano derecha llevaba un maletín de ejecutivo. Fue a una de las paredes, hizo girar un cuadro, y dejó al descubierto el brillante metal de una caja fuerte.

Había muchos billetes en el maletín y fueron a parar al interior de la caja fuerte. Cromarty llegó en aquel momento con la bebida, que Falken despachó de un trago.

—Deja la botella —ordenó. Tuvo que secarse las manos; estaban mojadas de su propio sudor—. Creo que lo mejor será que me dé un baño antes de acostarme.

—Sí, eso le calmará bastante —convino el esbirro.

Cromarty, servicial, fue al baño y abrió los grifos. Falken llegó minutos después, envuelto en una bata de felpa.

—¿Habéis examinado bien el jardín?

—Sí. Todo está en orden.

—Perfectamente. Puedes irte a dormir.

—Sí, señor.

La bata cayó al suelo, y Falken se metió en el agua, que le cubrió de inmediato hasta el cuello. Preocupado, se mordió los labios. ¿Por qué habían tenido que enviarle a él, precisamente, aquellos horribles despojos?

Ensimismado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la ventana del baño se abría un poco, en completo silencio. Un cable eléctrico, con los extremos de ambos hilos separados y desprovistos de aislante, empezó a descender como una serpiente hacia la bañera.

Falken lo vio cuando ya era demasiado tarde. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. La descarga le fulminó instantáneamente.

El tañido de la campanilla de la puerta penetró dificultosamente en el embotado cerebro de Stella Howe. La llamada se repitió, y Stella se incorporó un poco en la cama, todavía en la oscuridad.

Dirigió una mirada a la esfera luminosa del reloj de su mesilla de noche. Aún no era de día. Faltaban unos minutos para las cuatro de la madrugada.

Un tanto preocupada, se preguntó quién podía llamar a aquellas horas. «Podían utilizar el teléfono», pensó disgustada, mientras alargaba la mano hacia el interruptor de la luz.

Le pareció oír el ruido de un coche que se alejaba rápidamente, pero no le prestó la menor atención. Bostezando, se puso la bata sobre el camisón, metió los pies en sus zapatillas y fue hacia la entrada. Antes de abrir, observó a través de la mirilla. Se preguntó si habría sonado la llamada.

De pronto, vio una cosa blanca que asomaba por debajo de la puerta. Intrigada, se agachó, tiró de una punta y vio que era un sobre. No estaba cerrado, por lo que pudo sacar de su interior una cuartilla escrita sin la menor dificultad.

Una viva sacudida agitó su cuerpo. ¿De quién procedía aquel siniestro mensaje?

Decía:

«Lo que le faltaba a Tony Trábelo está enterrado en el jardín de Reg Falken, debajo del tercer abeto, contando desde la acera de la calle».

Stella no dudó un instante. El capitán Collins iba a ponerse furioso cuando le despertase, pero sabía que tenía la obligación de

hacerlo.

Collins, en efecto, despotricó unos momentos, hasta que conoció el contenido del mensaje anónimo. Al igual que Stella, se quedó mudo de asombro.

—¿Por qué se lo han enviado a usted a su casa, y no al departamento? —preguntó.

—Lo ignoro, señor —respondió la joven—. Los periódicos, sin embargo, han mencionado mi nombre estos días. No es difícil localizar mi dirección, por la guía telefónica.

—Está bien, me vestiré inmediatamente. Avise a las patrullas de esa zona. No, que lo hagan desde jefatura. Nos reuniremos en casa de Falken.

—Bien, señor.

Las lámparas de los coches policiales lanzaban vivos destellos en la noche. Aturdido por el sueño que todavía hacía pesados sus párpados, Rocky Golitto cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. También abrió la boca, al ver el espectáculo que había en el exterior.

—Soy el capitán Collins —se presentó un individuo vestido con ropas civiles, a la vez que le enseñaba su placa—. Ella es la sargento Howe.

—Bi... bien, capitán... ¿En qué puedo servirle?

—Sólo en una cosa, Rocky —dijo Collins, sonriendo malignamente—. Hemos venido a buscar lo que le faltaba a Tabrelo.

Golitto creyó que iba a desmayarse.

—Oh, no...

Cromarty apareció en aquel instante.

—¿Qué pasa...? ¡La policía! —exclamó.

—No se mueva, Andy —ordenó Collins severamente—. ¿Dónde está su jefe?

—Durmiendo, supongo...

—Vamos a comprobarlo. Stella, cuide de que estos tipos no se muevan.

—Sí, señor.

Vanos policías de uniforme entraron en la casa. Collins se dirigió al dormitorio, pero lo encontró vacío.

—Sargento, tráigame aquí al embustero que me ha dicho que

Falken está en su dormitorio —bramó.

—Andando, Cromarty —ordenó la joven.

Cromarty se quedó estupefacto al ver la cama vacía y en orden.

—Pero si yo... Bueno, le dejé cuando iba a acostarse...

—Acaso se marchó, porque no le acunaste para que se durmiese, ni le cantaste una nana —dijo Collins, sarcástico.

—El declaró que se iba a dormir... No, estaba muy nervioso; se metió en el baño...

—¡El baño! —gritó Stella.

Corrió hacia la puerta situada en el otro lado del dormitorio, la abrió y lanzó una exclamación.

—Jefe, aquí está Falken —dijo.

Collins entró en el baño, y apretó las mandíbulas.

—El corazón —dijo.

—Electrocutado, en mi opinión —rectificó Stella—. Todavía está colorado como un cangrejo recién cocido.

Collins sintió un escalofrío.

—Stella, su informante tenía razón —murmuró—. Debí haber permitido que iniciase los interrogatorios ayer mismo.

—No se lo reproche. De todas formas, teníamos mucho trabajo.

Stella se volvió hacia Cromarty, que parecía petrificado por el horror.

—¿No ha sentido nada? ¿No ha oído ningún ruido especial o sospechoso? —preguntó.

El hampón contestó negativamente.

—Yo... bueno, el jefe nos ordenó que revisáramos la casa y el jardín a conciencia...

—Entonces, temía que le sucediera algo malo.

Cromarty asintió.

—¿Por qué? —preguntó Stella.

Collins se acercó.

—Andy, ¿dónde están los órganos amputados a Trábelo?

—Lo... lo hizo Rocky... Se lo ordenó el jefe...

—Ah, Falken lo sabía...

—Era algo asqueroso. Se lo enviaron dentro de una caja de cigarros. Yo... yo lo vi, y tuve que vomitar...

Collins se volvió hacia la joven.

—Sargento, ocúpese de que alguien cave en el tercer abeto —

dijo—. Haga que se lleven arrestados a estos dos sujetos; tienen muchas cosas que contarnos. Yo avisaré al forense y al equipo de huellas.

—Bien, señor. Vamos, Cromarty.

El hampón se dejó llevar sin oponer la menor resistencia. En el vestíbulo, Golitto trataba desesperadamente de que creyeran en su inocencia.

—Lo juro, nosotros no lo hicimos... No matamos a Trábelo...

Stella llamó a un sargento de uniforme.

—Que se los lleven a jefatura —indicó.

—Está bien.

Dos policías se acercaron, con sendas palas en la mano. Stella movió la cabeza.

—Demasiado —observó críticamente—. Sólo se trata de una caja de cigarros.

CAPÍTULO VI

Estaba sentado ante la barra, cuando se le acercó una hermosa joven.

—¿Me da fuego, por favor?

Trent volvió la cabeza.

—Claro —sonrió.

Ella inhaló el humo y miró al joven.

—Parece que coincidimos en el gimnasio de Eph Kottom —dijo.

—Yo me entreno después de ustedes —respondió Trent—. Eph y yo somos viejos amigos, y me conoce bien; por eso me permite entrar antes de que ustedes terminen su tiempo.

—No tiene importancia —contestó la joven—. A Della y a mí nos van bien los entrenamientos. Nos ha visto actuar, supongo.

—Desde luego, y habrá de permitirme que le diga que lo hacen maravillosamente. No sé cómo no las han contratado todavía para el cine. O para la televisión.

—Las propuestas que nos han hecho no han resultado demasiado atractivas. Por el momento, preferimos seguir en este local, señor Trent.

—Ah, conoce mi nombre.

—Me lo dijo Rita. Es amiga suya, ¿no?

—Trabajamos juntos en alguna película. Supongo que sabe también a qué me dedico yo.

—Sí, naturalmente.

—Una pregunta, señorita, por favor.

—Diga...

—¿Cual de las dos es usted? ¿Della o Cassie?

La artista se echó a reír.

—Della es rubia. Yo soy morena. No lo olvide, para evitar errores.

—Me lo apuntaré inmediatamente. —Trent sacó una libretita y

recitó, mientras escribía—: Della, rubia; Cassie, morena.

Guardó la libreta y el lápiz, y sonrió.

—¿Puedo invitarla a una copa, señorita Drummond?

—Encantada. ¿Cuál es su hombre?

—Rim. Tengo otro, pero sólo lo uso para documentos oficiales.

—Ya. Le he visto alguna vez en el cine y la televisión.

—No en papeles importantes, claro.

—Los papeles secundarios son los que refuerzan el argumento —dijo Cassie.

—Gracias —contestó él—. Oiga, ¿cómo no está Della con usted?

—Vendrá enseguida. La peluquería, ¿sabe?

—Cassie, ¿nunca se separan ustedes?

Ella le miró maliciosamente.

—¿Qué sentido tiene esa pregunta, Rim?

—¿Qué sentido le daría usted?

—Nunca se deja atrapar, ¿eh?

—Sólo cuando es absolutamente necesario.

—Y, ¿cuándo es necesario?

—Me parece que somos, con perdón, dos pájaros de cuenta, muy escurridizos ambos —rió el joven—. Si se lo dijera claramente, ¿qué me contestaría?

—¿Qué me tiene que decir claramente?

Trent contempló el moderado escote del vestido de Cassie, que permitía ver el arranque de los senos, de suaves, pero firmes contornos, y la delgada cintura, a cuya esbeltez contribuía en buena parte el entrenamiento a que la artista se sometía constantemente.

—La invitó a tomar una copa en mi apartamento —dijo.

—Oh, no hay inconveniente. Cuando termine mi actuación, claro.

Trent alzó las cejas.

—Creí que...

—¿Pensó que iba a ser más resistente o que le rechazaría? —dijo Cassie, riendo—. Venga a buscarme a la salida, cuando termine mi actuación, junto con Della. Creo que sabe dónde está la salida de artistas —añadió, maliciosa.

—La esperaré, Cassie —dijo él, entusiasmado.

Era muy guapa, de expresión dulce y amable. Mentalmente, se frotó las manos de gusto anticipado.

Abrió la puerta, encendió la luz y se apartó, para que Cassie franquease el umbral. Luego cerró y se dirigió al pequeño bar que había en un rincón de la sala.

—¿Tiene alguna preferencia especial, Cassie? —consultó.

—Dos dedos, pero sólo dos dedos, ¿eh? *Whisky* y dos cubitos de hielo, nada más.

—Yo me pondré la misma receta.

Cassie se sentó en un diván, sin inclinarse del todo, y cruzó las piernas. Desde donde estaba, Trent podía captar la perfecta redondez de aquellas hermosas extremidades inferiores, ahora cubiertas en parte por las medias negras, con el ligero de encajes, del mismo color. Cassie llevaba el mismo vestido que por la tarde, de falda muy corta y ajustada.

Cassie y Della actuaban con poquísima ropa: unas estrechitas de oro en el pecho y un triángulo también dorado, más abajo, sujeto solamente con unos delgados hilos del mismo tejido. Prácticamente, salían desnudas a escena. Pero ahora, los encajes, las medias... ¿Por qué resultaba así excitante?

Se acercó a ella, con la sonrisa en los labios, le entregó un vaso, hizo chocar el suyo y luego se sentó a su lado.

—¿Lo ve? —sonrió Cassie—. No ha sido tan difícil separarme de Della.

—Me siento pasmado —confesó Trent—. O ha ocurrido una especie de milagro o yo soy un conquistador irresistible.

—¿Y por qué no puede pensar que me resulta simpático? Todos los días recibimos invitaciones de clientes, y lo más corriente es que las rechacemos. Sólo en alguna rarísima ocasión, aceptamos...

—Vamos, me ha tocado la lotería.

Cassie se echó a reír.

—Diríase que me considera la mujer más hermosa del mundo, y eso no es cierto. Della es más guapa que yo...

—Pero la que está aquí es usted.

—Y Rita Fire —le guiñó un ojo—, tampoco está mal que digamos.

—Oh, sólo somos buenos amigos.

—Es usted un maravilloso, pero encantador embustero. —Cassie se había mojado los labios con el *whisky*, y dejó el vaso a un lado—. Realmente, me agrada mucho, Rim.

—Gracias, Cassie. ¿Otra copa?

—Sólo acepté una —le recordó ella.

Era una mujer muy atractiva, a pesar de que, en un sentido estricto, Della fuese mucho más guapa de cara. Trent captó el suave palpitir de los senos femeninos y, atraído irresistiblemente hacia ella, pasó una mano por la cintura y buscó su boca.

El beso fue cortísimo y el contacto apenas perceptible. Cassie deshizo el abrazo y se puso en pie de inmediato.

—Rim, no pida más de lo que le he concedido —sonrió, ligeramente encarnadas las mejillas—. Usted me invitó a tomar una copa en su apartamento, y eso debe ser todo.

—Debemos atenernos a la letra del contrato, ¿verdad?

—Sí.

Trent tomó una de sus manos.

—Es usted embrujadora —dijo—. Pero no tema, no me propasaré, y no sólo porque conozco su habilidad para defenderse.

Cassie entornó los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

—Rita y yo caminábamos detrás de ustedes dos, la noche en que un sujeto se les acercó, molestándolas con palabras ofensivas.

—Oh, ya recuerdo...

—Dijo que las conocía, pero debía estar equivocado. O lo dijo para iniciar una conversación poco agradable. Era un rufián, un explotador de mujeres.

—De modo que lo vio —dijo Cassie.

—Le dieron una buena. Y se lo ganó a pulso con su actitud —contestó Trent—. Luego, yo también le di un par de golpes.

—No lo vimos.

—Se habían alejado ya. Él estaba en el suelo, y Rita y yo nos reíamos. Quiso sacudirme, pero se encontró con la horma de su zapato.

—¿Qué pasó después?

—Oh, Rita y yo nos marchamos. Pero ¿sabe?, lo asesinaron dos días más tarde.

—Era un hampón, ¿no?

—Estamos hablando de alguien que no lo merece. Sigamos.

—Pero yo ya me marché, Rim.

Trent suspiró.

—Un trato es un trato —dijo—. Sólo la invité a una copa...

Cassie alargó su mano.

—Gracias, Rim.

—Oiga, ¿no quiere que la acompañe...? Es ya un poco tarde...

—No se preocupe. Sé defenderme. Usted lo vio.

—Sí, es cierto.

Desde la ventana de la sala, Trent vio alejarse a Cassie, alta, esbelta, con movimientos fáciles y elegantes al mismo tiempo. Una joven realmente atractiva. Y no era la mujer fácil que uno podía pensar.

Lo cual, en medio de todo, la hacía aún más atractiva.

La sargento Howe entró en el despacho de su jefe, con unos papeles en la mano. El capitán Collins la miró inquisitivamente.

—¿Stella?

—El papel de la carta que recibí, anunciándome lo que podíamos encontrar en el jardín de Falken, es corriente. El mensaje fue escrito con un rotulador, probablemente, con la mano izquierda, aunque su autor no es zurdo. Es un hombre de buena estatura y pesa unos sesenta y cinco o setenta kilos. Algo barrigudo, pero no hay más datos.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Encontramos algunas huellas en el jardín. Por la impronta de la pisada, los expertos han deducido su estatura y su peso. El asesino debía conocer muy bien las costumbres de Falken. Llevaba un buen rollo de cable conductor, que empalmó a una toma de corriente exterior, la que emplean para la segadora eléctrica o para iluminaciones suplementarias. De este modo, pudo lanzar el cable a la bañera llena de agua.

—Sargento, ¿es lógico que un hombre se bañe a las dos y media de la madrugada?

—No, pero según han declarado sus guardaespaldas, Falken estaba muy nervioso. Uno de ellos le aconsejó un baño caliente; es un buen tranquilizante; yo misma lo he hecho, en alguna ocasión... De todos modos, si no se hubiera bañado entonces, habría muerto al hacerlo, después de levantarse.

—Comprendo. Siga... ¿cómo sabe que tiene tripa?

—Hemos «peinado» la vecindad. Una mujer, que padece de insomnio, vio a un individuo sospechoso, entrar en el jardín, poco

después de que Falken y sus esbirros hubiesen llegado. No le vio la cara, pero sí apreció el perfil del cuerpo. Las ropas eran oscuras... y eso es todo cuanto pudo apreciar.

—Nada —dijo Collins desanimadamente.

—Ah, sí, otra cosa. Había alguien más con el asesino. Le esperaba en un coche, que arrancó cuando la portezuela no se había cerrado aún, después de que el individuo dejase el jardín.

—Entonces, son dos.

—Por lo menos. Y disponen de una excelente información sobre sus víctimas, señor.

—Por cierto. ¿Ha hablado con los otros?

Stella hizo un gesto afirmativo.

—No saben nada. O pretenden no saber nada —respondió.

—¿Apreció si tienen miedo?

—Por lo menos, vi aprensión en todos ellos.

—¿Les ha mencionado el negocio que tenían en común, y que se disolvió hace años?

—Sí, pero... han juntado las mandíbulas.

Collins sonrió, al escuchar aquella metafórica respuesta.

—En resumen, no quieren hablar.

—Exacto, señor. De todos modos...

—¿Sí, sargento?

—Puede ser una tarea larga y fastidiosa, pero no queda otro remedio, señor. Hay que buscar a todo el que tuviera relación con el negocio de los cinco, cuando todavía funcionaba la sociedad, e interrogar pacientemente al que sepa algo, hombre o mujer. Para mí, no cabe duda de que se trata de una venganza. No es un asunto de eliminar la competencia, en mi opinión.

Collins se retrepó en su asiento.

—Esa clase de negocios siempre producen consecuencias —dijo sentenciosamente—. Muchos son perjudicados y alguno se guarda las ansias de desquite durante largo tiempo.

—Sí, señor.

—El odio se va incubando y, al fin, llega un día en que se produce la explosión.

—Pero ese odio no les impide preparar sus crímenes con toda meticulosidad —observó Stella.

—Sargento, un solo asesinato puede, tal vez, quedar impune. Eso

es lo que se llama crimen perfecto. Pero cuando se cometen varias muertes, aunque se empleen procedimientos distintos, entonces, tarde o temprano, el asesino acaba cometiendo un error.

—En este caso, los asesinos, señor.

—Da igual. Si piensan seguir adelante, acabarán por cometer el error que nos permitirá echarles el guante.

Stella suspiró.

—Sí, pero ¿cuándo?

Aquella pregunta implicaba un plazo de tiempo, que ninguno de los dos se sentía en condiciones de fijar.

CAPÍTULO VII

Caminaba con gran contoneo de caderas, haciendo que su mano izquierda balancease el bolso de brillante cuero negro. Los senos eran breves, agresivos, y estaban separados por el escote que le llegaba a la cintura, cuya delgadez estaba acentuaba por el cinturón que sujetaba la falda, abierta hasta la mitad del muslo izquierdo. Los zapatos eran de tacón de diez centímetros de altura y los ojos y la boca estaban generosamente pintados.

Leda Holmes caminaba en busca de clientes. De pronto, un hombre se destacó de la oscuridad de un callejón cercano.

—Eh, muñeca.

Leda se paró en el acto. El hombre, vestido con una aparatosa chaqueta de color rojo fuego, con solapas de seda, se acercó a ella y le puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo.

—Te has olvidado de mí en los últimos tiempos, encanto —dijo el sujeto.

Leda palideció bajo la espesa capa de maquillaje que cubría sus facciones. Volvió la cabeza un poco y sintió un escalofrío al ver la mano, de dedos muy delgados, rematados en cinco uñas metálicas, agudas y cortantes como navajas de afeitar.

—Greg, te juro que... No hay mucho trabajo estos días... Ha... hay crisis...

Las puntas de cinco garras metálicas se clavaron suavemente en la carne del hombro, a través de la blusa.

—Tienes una forma de disculparte muy estúpida —dijo—. ¿Es que te has olvidado del hombre que te quiere más que a nadie y que sólo desea tu felicidad?

La mano resbaló lentamente y se apoyó sobre el picudo seno izquierdo.

—Imagínate que un desaprensivo llega y te rasga este globito tan apetitoso, con unas zarpas parecidas a las mías. Perderías todo

tu encanto para los clientes, ¿no?

—Greg, te aseguro que...

La mano izquierda del rufián se movió bruscamente, de revés, y golpeó la boca de la mujer.

—Han pasado tres días y no has dado señales de vida —rugió—. Me debes treinta dólares, ¿entiendes?

Leda se tambaleó.

—Pero, Greg...

En aquel momento, alguien tocó suavemente en el hombro del rufián.

—No está bien pegar a las mujeres —dijo Rim Trent.

Greg Shackoe, alias *el Puma*, se volvió y miró despectivamente al hombre que acababa de dirigirle aquellas palabras de reproche.

—¿Le ha dejado mamá salir de casa al niño bonito? —preguntó, burlón.

—El niño bonito le va a partir la cara, si no deja en paz a esa mujer inmediatamente —contestó Trent fríamente.

Shackoe levantó la mano derecha y se echó aliento en las uñas de metal, con gesto deliberadamente displicente. Luego, de súbito, tiró un zarpazo, dirigido al rostro de Trent.

Era un golpe venenoso. De haber llegado a su destino, la mejilla izquierda del joven habría sido rasgada de la misma forma que por el zarpazo de un felino auténtico. Pero Trent, aún más rápido, levantó la mano derecha y aferró la muñeca del hampón, retorciéndosela cruelmente.

Shackoe gruñó. Trent lo agarró por el hombro con la mano izquierda y le hizo dar la vuelta completa. Luego lanzó el pie derecho con todas sus fuerzas. Shackoe salió disparado, se estrelló contra la pared cercana y cayó al suelo, perdido a medias el conocimiento.

En aquel instante, se oyó el chirrido de los frenos de un automóvil que se paraba bruscamente. Una mujer se apeó con gran rapidez.

—¡Alto! ¡Policía!

Otro hombre se bajó del mismo vehículo.

—No se mueva, amigo —ordenó el detective Roberts.

Trent levantó las manos.

—Hola, sargento Howe —saludó.

Stella frunció el ceño. Vio a la prostituta, miró luego al hombre caído en el suelo y se sintió muy irritada.

—Rim, ¿qué hace aquí? —exclamó.

—Iba a... Bueno, me encontré con un pequeño jaleo.

Volviéndose de espaldas, se agachó y agarró el brazo del rufián, levantándolo, de modo que Stella y su acompañante pudieran ver las uñas metálicas.

—Por lo visto, le agrada arañar a la gente —dijo.

—¡Demonios! —exclamó Roberts—. Es Greg *EL Puma*. Había oído hablar de sus zarpas metálicas, pero creí que se trataría solamente de rumores más o menos exagerados...

—No hay exageración —dijo Trent severamente—. Intentaba amedrentar a esta señorita y entonces fue cuando intervine yo. Si me descuido, me destroza la cara.

—Será mejor que se lo lleve a jefatura. Roberts —dispuso Stella.

—¿De qué le acusamos, sargento?

—Armas prohibidas e intimidación a las personas —contestó la joven. Miró a Leda—. Usted, vaya mañana a jefatura. No deje de acudir, o presentaremos un cargo por prostitución y puede costarle noventa días en la cárcel de Corona.

—Iré, señora —prometió Leda.

Roberts había puesto ya las esposas al hampón, sin quitarle las garras, que pensaba enseñar en la oficina a los que hacían el turno de noche. Leda se marchó casi a la carrera. Stella y Trent quedaron frente a frente.

—De modo que vagabundeando por las calles, a altas horas de la madrugada —dijo ella irónicamente.

—Tengo una cita —respondió Trent—. Eh, su coche se va.

—No se preocupe, tengo el suyo.

—¿De veras?

—¿Es que me va a dejar en mitad de la calle?

Trent sonrió.

—La verdad es que esa cita puede ser aplazada —contestó—. Pero ¿qué hace una sargento de la policía por aquí, a altas horas de la madrugada?

Stella lanzó un hondo suspiro.

—Buscando pistas —contestó.

—De los asesinos de la noche, supongo.

—Sí.

—¿Ha encontrado algo interesante?

Ella hizo un gesto negativo.

—Hasta ahora, cero —respondió.

—Es una lástima. Créame, deseo que consiga el éxito.

—Gracias. Estoy cansada ya de hacer preguntas, siempre las mismas preguntas.

—Y siempre obtiene la misma respuesta: «No sé nada».

—Algo por el estilo. Creo que le voy a pedir al jefe que me conceda un fin de semana libre.

—Pasado mañana es sábado. Hay en pie una invitación a pasar el día en el rancho de un amigo.

—Tal vez la acepte, Rim.

—Le convendría, se lo aseguro.

De pronto, dos mujeres pasaron junto a la pareja. Trent se mordió los labios.

Cassie le dirigió una afectuosa sonrisa. Della se mostró menos amistosa, pero también sonrió.

—Buenas noches, Rim —saludó Cassie.

—Buenas... —Trent dio un paso hacia ella, pero retrocedió en el acto—. Adiós, Cassie.

Stella soltó una risita.

—Son guapas las Hermanas Russell, ¿verdad?

—No son hermanas.

—He usado el nombre artístico. ¿Cuál de ellas, Rim?

—Ninguna, Stella.

—Es usted un mentiroso muy malo. Bien, si estaba citado con una de las hermanas...

—No, no, en absoluto. La llevaré a su casa.

—Acepto el ofrecimiento, con una condición.

—Sí, Stella.

—Se quedará en la puerta.

—¿Es un castigo?

—Tómelo como quiera. ¿Dónde está el coche?

Trent agarró el brazo de la joven.

—Una vez tomé el taxi desde este lugar, aproximadamente. Me costó dos dólares y veinte centavos —dijo—. O me invita a una copa o me paga la carrera.

—Chantajista.

—Demuestre la acusación o la demandaré por calumnia.

—Rim, prefiero aceptar la invitación para pasar el día en el rancho de su amigo.

—Eso ya está mejor. Madrugue el sábado; estaré a las ocho en la puerta de su casa.

El teléfono sonó repentinamente. Trent, todavía adormilado, alargó la mano y descolgó el aparato.

—Rim Trent —dijo con voz soñolienta.

—¿Todavía está en la cama?

El joven se sentó en el acto.

—¿Cassie?

—La misma. ¿Qué hace acostado aún?

—Dormir, claro.

—El día es maravilloso. ¿Por qué lo desaprovecha?

—Cassie, ¿qué debo entender de esas palabras?

—No sea mal pensado, hombre. Sólo quería charlar con usted un momento. Por teléfono, claro.

—¿Algo interesante?

—Sí. ¿Quién era la chica con la que hablaba anoche pasadas las dos de la madrugada?

—Oh... Comprendo... Cassie, no irá a decir que siente celos de la sargento Howe.

—Policía —se sorprendió Cassie.

—Sí. Somos buenos amigos. Me encontré en un pequeño jaleo y ella acudió, porque estaba actuando en las inmediaciones. Nada de importancia, créame.

—No sabía que tuviera amistades en la policía.

—Oh, conozco mucha gente... La profesión, ¿sabe?

—Sí, claro. Rim, dígame una cosa, por favor.

—Pregunte lo que quiera.

—Anoche... ¿iba a esperarme?

—Si hubiese sido cierto, ¿cuál habría sido su actitud? —No me siento capaz de darle una respuesta.

—¿Por qué?

—Inténtelo otro día, hombre.

Trent meditó un instante. Si iba aquella noche, viernes, al día siguiente no podría cumplir el compromiso con Stella. —Estaba

pensando una cosa, Cassie— dijo al cabo.

—¿Sí?

—¿No tienen ustedes un día de fiesta semanal?

—Claro. El lunes...

—Dígame la hora y el lugar, Cassie.

Ella se echó a reír.

—Hombre astuto —calificó—. Aunque no trabajamos, ensayamos. Espéreme a las tres de la tarde, en la puerta de artistas.

—¿No se enfadará Della? —preguntó él, suspicaz.

—Me enfadaría yo, si no acudiese a esperarme.

—Eso sería muchísimo peor. Iré, se lo prometo.

CAPÍTULO VIII

Pasmada de asombro, Stella contempló la increíble exhibición ecuestre que hacía Rim Trent. El joven, vestido especialmente con ropas adecuadas para el caso, galopó, montado en un caballo especialmente entrenado, realizando toda clase de ejercicios acrobáticos. De pronto, se detuvo frente a la joven, sacó el rifle de la funda de arzón y se lo entregó.

—Voy a alejarme unos doscientos metros —anunció—. Dispare cuando me vea llegar a la altura de ese poste pintado de blanco.

—Pero... —se alarmó ella.

—No se preocupe, sólo tiene balas de fogeo —sonrió Trent—. Vamos, actúe sin miedo.

Trent tiró de las riendas y se alejó a todo galope. Doscientos metros más allá, hizo girar a su montura, picó espuelas y lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Stella disparó en el momento oportuno. Trent abrió los brazos, se ladeó, cayó al suelo, dio un par de aparatosas volteretas y quedó boca abajo, en medio de una nube de polvo.

Stella contuvo el aliento. Un segundo después, Trent se levantó ágilmente, recobró el sombrero de vaquero, se sacudió las ropas y caminó sonriente hacia la joven.

—Es fantástico —dijo ella—. Lo he visto muchas veces en el cine, pero la realidad...

—El entrenamiento lo es todo —respondió él—. Pero, aguarde; aún no ha visto lo mejor.

Trent caminó hacia un poste, en el que había colgado un cinturón de pistolero del Oeste, se lo puso y luego se situó a diez pasos de la cerca, sobre la cual se veían media docena de botes vacíos de conserva.

—Fíjese bien —exclamó.

El revólver surgió de la funda y empezó a vomitar fognazos.

Atónita, Stella vio que los botes volaban sucesivamente por los aires, arrancados de su emplazamiento por los proyectiles.

Al terminar, Trent hizo voltear el arma y la volvió a la funda.

—Esta vez, eran cartuchos de verdad —sonrió.

—No me gustaría enfrentarme con usted en un tiroteo —dijo la joven—. Oiga, ¿sabe que podría ser instructor de tiro en la Academia de Policía?

—Ya tienen buenos instructores —contestó él.

Y en aquel momento, una mujer, joven y de agraciado aspecto, asomó a la puerta de la casa ranchera.

—¡Rim! Ya lo tienes listo —gritó, a la vez que alzaba la cestita que sostenía con la mano derecha.

—Gracias, Sara, ahora mismo vamos.

—¿Qué es eso? —preguntó Stella.

—Enseguida lo verá.

Momentos después, Stella se encontraba sentada en el pescante de un calesín, tirado por un brioso alazán. Rim agitó el látigo y el caballo arrancó de inmediato.

—Hubiese preferido utilizar caballos, pero usted no sabe montar —explicó.

—Nunca me he puesto sobre una silla —admitió Stella—. ¿Qué hay en la cesta, Rim?

—Bocadillos y un termo con café caliente. Vamos a almorzar a la orilla del río. También he traído toallas. Usted, me imagino, habrá traído el traje de baño que le recomendé.

—Sí, claro.

Stella se sentía hechizada. El aire puro, las nevadas cumbres de la Sierra, que se veían a lo lejos, los prados, las largas hileras de álamos...

—Es como volver a los orígenes —murmuró, arrobada.

—Y aquí, uno se olvida de todas las preocupaciones, ¿no?

—Sí. La mente descansa. Realmente, lo estaba necesitando.

Un cuarto de hora más tarde, Stella se zambulló en el remanso al que le había conducido su acompañante. Trent la siguió a los pocos momentos.

El baño resultó tonificante. Stella salió del agua y empezó a secarse con la toalla. Trent la contempló con ojos críticos. La silueta de la joven tenía unos contornos irreprochables.

Ella se dio cuenta de la observación de que era objeto y sonrió.

—Bueno, ahora no podrá decir que no ha visto a un sargento de la policía en bikini.

—Sigo siendo un desmemoriado —contestó él—. Debiera haberme traído una cámara fotográfica.

—¿Cree que merezco la pena de que consuma una placa en mí?

Stella estaba ahora de medio perfil, muy erguida, los firmes senos adelantándose provocativamente, las manos en las caderas y una sonrisa llena de malicia en los labios.

—Y hacer una ampliación de tamaño natural y colgarla en el sitio más visible de la casa —contestó él—. Pero, venga, y haga honor al almuerzo que nos ha preparado Sara Bowles.

Después del almuerzo, Stella se tendió boca arriba, sobre la manta que él había extendido previamente. Juntó las manos y las situó bajo la cabeza.

—Rim —murmuró.

—Dígame, Stella.

—Estoy pasando un día maravilloso.

—Lo celebro infinito.

—Últimamente, me estoy volviendo demasiado mujer de ciudad. Necesito salir al campo con más frecuencia.

—No es un deseo difícil de realizar.

—A veces, no se puede.

—El trabajo.

—Sí. Cuando menos se piensa, surge un caso complicado.

—Como el de los asesinos de la noche.

—Que, por ahora, sigue sin solucionarse.

—Los encontrará, no se preocupe.

Trent estaba sentado junto a Stella. De pronto, volvió un poco el cuerpo y se inclinó hacia su rostro.

—Cuidado, Rim.

—Quiero verla más de cerca —murmuró él.

Rozó con los labios los de la joven. Stella se estremeció.

—Quieto, Rim.

Pero no hizo el menor ademán para apartarle. Trent siguió besándola. Luego, sus labios bajaron al mentón, a la garganta y continuaron descendiendo.

—Rim, no sigas... —suspiró ella.

Trent no hizo el menor caso. Su boca llegaba ya al cálido valle formado por los dos montículos gemelos, de carne blanca, firme y con olor a campo. Stella cerró los ojos y una de sus manos se posó en la nuca del joven.

—Especie de canalla... —jadeó.

De repente, se oyó un zumbido. Trent sintió un leve soplo de viento en la espalda. El zumbido acabó en un golpe sordo.

Estuvo quieto un instante y luego, bruscamente, rodó a un lado. Algo hizo volar los tallos de hierba a un metro de distancia.

—Stella, nos disparan —exclamó.

Ella se incorporó sobresaltada. Trent se arrojó sobre la joven y la hizo tenderse en el suelo. El tercer proyectil se clavó en la base del tronco del árbol junto al que se hallaban.

—No oigo los estampidos —dijo Stella, alarmada.

—Usan silenciador —gruñó Trent—. El primer proyectil me ha rozado los omoplatos. Stella, arrástrate y cúbrete tras aquel álamo. Mantén la cabeza pegada a la hierba.

Ella obedeció sin replicar. Trent permaneció inmóvil un momento y luego, de un salto, se levantó y corrió a refugiarse detrás de un álamo de grueso tronco. Apenas lo había hecho, llegó un nuevo proyectil.

Asomó la cabeza cautelosamente. Había alguien en la cumbre de la loma, a unos doscientos pasos de distancia y al otro lado del río. Podía ver la cabeza, pero eso era todo.

De pronto, el desconocido se levantó y echó a correr. Trent se lanzó hacia el calesín y empezó a desenganchar el caballo de tiro.

—¡Rim! ¿Qué pasa?

—El hombre que quiso matarte ha huido —contestó él—. Voy a ver si consigo alcanzarle.

Stella se sentía más asombrada que asustada. Fascinada, vio a Trent desenganchar el alazán y montar de un salto, a pelo, vestido solamente con el pantalón de baño. Le pareció que el joven se había convertido repentinamente en un centauro mitológico.

Trent guió a su montura hasta un punto en donde el río era fácilmente vadeable. Stella vio saltar las espumas en torno al animal. Luego, una vez al otro lado, Trent lo lanzó a todo galope.

En pocos momentos, estuvo en lo alto de la loma. Tiró de las bridas.

Era inútil continuar la persecución. A lo lejos se veía una nube de polvo que se alejaba rápidamente. A pesar de la distancia, consiguió, sin embargo, apreciar la clase de vehículo que utilizaba el atacante.

Era lógico, en aquel terreno, pensó, mientras se apeaba y empezaba a buscar rastros. No tardó mucho en encontrar algo que brillaba entre la hierba.

—Vino en un *jeep* —dijo minutos después, cuando se reunió con la joven—. Mira esto.

Stella examinó los cuatro brillantes cartuchos que Trent tenía en la palma de su mano.

—Un rifle calibre treinta —murmuró.

—Con mira telescópica y silenciador. Es un tipo de poco peso y no fuma.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró ella.

—Apenas había señales en la hierba. Ha debido de estar espiándonos durante largo rato, hasta encontrar el mejor momento. Si fuese fumador, habría encontrado alguna colilla. Un hombre fumador que espera, suele consumir algunos cigarrillos.

Buscó en la cesta una servilleta de papel y envolvió las vainas vacías.

—Creo que encontraste una, cerca del sitio donde murió Phelps —dijo.

—Sí, es cierto.

—Los de Balística podrán hacer las comparaciones necesarias —añadió Trent—. No es mucho, pero puede resultar una pista importante el día de mañana.

—Puede ser —convino ella pensativamente.

—Nos han aguado la fiesta —se quejó Trent.

Stella le miró fijamente.

—Tal vez haya sido mejor así —dijo—. Si no hubiera sido por la interrupción...

Trent sonrió.

—Comprendo —dijo—. Pero no te preocupes, lo importante es que no te haya sucedido nada malo.

—Rim, ¿estás seguro?

—¿Cómo?

—Quiero decir si estás seguro de que trataban de matarme.

—Bueno, yo pienso que hay alguien que puede estar interesado en que la investigación no siga adelante...

—Eso es del género idiota —calificó ella duramente—. Si yo hubiese muerto, otro policía habría continuado las pesquisas, con todos los datos de que disponemos hasta el momento y que están debidamente registrados en los informes policiales.

—Sí, parece lógico —convino Trent—. Pero entonces...

—Entonces, esas balas eran para ti.

Trent se mordió los labios. Lo que decía Stella parecía lleno de sensatez. Todos los proyectiles habían chocado contra el suelo cerca de él, o contra el álamo más próximo al lugar en que se encontraba. La muerte de Stella no resolvería ningún problema de los asesinos de la noche.

Y su muerte, ¿qué beneficios les reportaría?

—Rim, será mejor que nos volvamos —propuso Stella.

—De acuerdo.

Trent lanzó un gruñido mientras enganchaba nuevamente el caballo. El día, tan agradablemente iniciado, había tenido un final hosco y nada alegre.

—Además de la cámara, olvidé también otra cosa —dijo, cuando ya iniciaban el regreso al rancho.

—¿Qué, Rim?

—Un rifle bajo el pescante. Te aseguro que el asesino no habría escapado tan fácilmente.

—Eso sólo sucede en las películas del Oeste —sonrió Stella.

—En las películas del Oeste, no se emplean balas auténticas —replicó él, hondamente preocupado por lo ocurrido y cuyos motivos no alcanzaba a comprender, a pesar de los esfuerzos que hacía por averiguar las razones de su atacante.

CAPÍTULO IX

El taponazo sonó como un disparo de poca potencia. Cassie se sobresaltó ligeramente.

—Rim, ¿champaña a las cuatro de la tarde? —se extrañó.

Trent volvió a la sala, con la botella en un cubo y dos copas.

—Tengo un amigo que sostiene la interesante teoría de que el único momento en que no se debe beber champaña es cuando... ¿Te lo imaginas?

Los ojos de Cassie chispearon al tomar la copa que él le ofrecía.

—¿Por qué no me lo dices tú mismo? —preguntó.

—A lo mejor te enfadas.

—Soy una mujer de carácter abierto —sonrió ella.

—Bueno, el champaña no se bebe cuando el hombre y la mujer... ejem, ejem...

—Pero antes, sí.

—Y también después.

—Y a cualquier hora.

—A todas horas. —Trent levantó su copa—. Por una mujer hermosa y una artista de grandes méritos.

—Por mi anfitrión —dijo Cassie.

La copa de Trent quedó a un lado.

—Voy a hacerte una pregunta —anunció.

—¿Capciosa? ¿Indiscreta?

—¿Cuál es la opinión de Della?

—¿Sobre qué tema?

—Adivínalo mujer.

Cassie sonrió y se puso en pie. Avanzó unos pasos y rodeó con sus brazos el cuello del joven.

—Estoy aquí —murmuró.

Trent puso las manos en la cintura de la joven. Las dos bocas se confundieron instantáneamente en un cálido beso.

Las manos del hombre ascendieron lentamente por la espalda, hasta encontrar el arranque de la cremallera del vestido, que bajó hasta la cintura a los pocos instantes. Trent sintió contra su cuerpo la dulce calidez de los senos femeninos. Volvió a subir las manos y bajó la parte superior del vestido.

Debajo sólo había una prenda de tejido muy sutil, con dos copas, que también fue retirada. Cassie suspiró cuando los labios masculinos empezaron a recorrer alternativamente los endurecidos vértices de los senos.

—¿Te importa ahora mucho la opinión de Della? —murmuró.

—Nada, absolutamente nada.

El vestido cayó al suelo. Ya sólo quedaba una última prenda de ropa.

Trent levantó en brazos a su invitada y la miró fijamente al fondo de los ojos.

—En estos momentos, la opinión que cuenta es la tuya. Y la mía, claro.

—La mía es muy favorable —suspiró Cassie.

De pronto, Trent se despertó sobresaltado.

Consultó el reloj. Eran las once de la noche.

—Se nos ha pasado el tiempo —murmuró.

Cassie dormía a su lado, de costado, con la cabeza apoyada en el brazo derecho. De repente, Trent la vio sobresaltarse.

La sonrisa que distendía suavemente sus labios, se transformó en una mueca de horror. Todo su cuerpo sufrió una fuerte sacudida.

—No, en el Parrilla, no... No quiero ir allí...

Trent sacudió a la joven.

—Cassie, despierta.

Ella se sentó en la cama. Trent observó que tenía la frente húmeda.

—Estabas soñando —sonrió.

—Una pesadilla —contestó Cassie—. ¿Tú no las tienes nunca?

—A veces. Pero hay una forma de olvidarlas.

—¿Cuál?

Trent la abrazó una vez más. Sus manos recorrieron la espalda que parecía de seda.

—Nos habíamos quedado dormidos —musitó.

—Ahora estamos despiertos, creo.

—Muy despiertos. Y esto no es una pesadilla, me parece.

Repentinamente, Cassie se volvió y buscó con voracidad la boca masculina. Una vez más, el vértigo de la pasión los envolvió ardorosamente y se dejaron arrastrar por sus quemantes ondas.

Cerca de la media noche, Cassie saltó de la cama.

—Creo que es hora de que vuelva a casa —dijo.

Trent asintió. Más tarde, al quedarse solo, pensó en Stella. ¿Habría ido a buscar a Cassie, si unos disparos inoportunos no hubieran sido hechos en el momento menos oportuno?

Esta vez, se dijo, el asesino de la noche había actuado a pleno día.

—Quizá por eso mismo ha fallado —murmuró.

Edwin Mortensen entró en su despacho, con paso rápido, y se volvió hacia los dos hombres que le acompañaban.

—No hace falta que os quedéis —dijo.

—Sí, señor.

—A propósito, ¿qué hay del Puma?

—Sigue detenido, jefe.

—¿Quiere que llamemos a su abogado? —consultó el otro guardaespaldas.

—No. Que rabie unos días en la cárcel. Que se pague él su abogado, si quiere salir. No me gustan los tipos sádicos —respondió Mortensen desabridamente—. Buenas noches —añadió, a la vez que cerraba la puerta de un manotazo.

Mordiéndolo el puro, consumido a medias, fue a su mesa de trabajo, se sentó, y empezó a repasar unos papeles. La estancia estaba alumbrada solamente por una lámpara de sobremesa. El resto permanecía en penumbra.

Transcurrió una hora. Mortensen empezó a pensar en marcharse a dormir. Encendió otro cigarro y contempló pensativamente las volutas de humo.

Rorton, Tabrole, Phelps, Falken...

No, a él no le ocurriría nada. Estaba bien seguro. Su casa era invulnerable. Los asesinos no conseguirían romper su protección.

El timbre del teléfono estalló súbitamente. Dio un salto y maldijo entre dientes. Luego alargó la mano y descolgó el aparato.

—Mortensen —gruñó.

—Abra el cajón de la mesa —dijo una voz desconocida—. Le

hemos dejado un mensaje.

—Oiga, ¿qué diablos de broma...?

—Haga lo que le digo, le conviene —insistió el sujeto.

Mortensen vaciló.

—¿No puede darme el mensaje? —solicitó.

—Hablando claro, se trata de dinero. Pero los detalles están dentro del cajón. Ábralo, por favor.

—¡Dinero! —bramó Mortensen.

Con la mano izquierda, todavía sin soltar el teléfono, tiró del asa del cajón y lo hizo salir fuera. Junto con el cajón, salió una terrible llamarada, que lo despidió hasta la pared que había a sus espaldas, convertido en un sangriento montón de despojos.

El estampido hizo retemblar los muros de la casa. Al otro lado de la línea, alguien oyó la detonación y colgó teléfono.

La explosión hizo vibrar ligeramente los cristales de la ventana. Trent levantó la cabeza. Estaba todavía despierto. Cassie se había ido aún no hacía media hora y ambos, sobre las ocho de la tarde, se habían quedado dormidos.

No tenía sueño, por lo que había recurrido a la lectura de su parte en la próxima película en que debía intervenir. Trent había actuado sobradamente en numerosos filmes de acción y aventura, para no identificar en el acto el origen de aquel ruido.

Se había producido a unos seiscientos metros de distancia y en el interior de una casa. A los pocos momentos, oyó el aullido de una sirena.

Ahora estaba con el pijama puesto y, saltando del lecho, corrió hasta la ventana. El coche de patrulla, con las luces chispeantes del techo, pasó a toda velocidad por delante de su casa.

Otro coche le siguió medio minuto después. Detrás viajaba un automóvil sin distintivos. La luz de un farol dio fugazmente en el rostro de la conductora. Trent parpadeó al reconocer a Stella.

Preso de una invencible curiosidad, corrió a vestirse. A los pocos momentos, tenía el coche en marcha. Tal como había calculado, seiscientos metros más adelante, un policía le hizo señales de que se detuviese.

—No se puede pasar, señor —dijo el hombre—. Retroceda hasta el próximo cruce...

—Conozco a la sargento Howe —dijo el joven—. Soy Trent, dele

mi nombre, por favor.

—Bien, señor Trent; estacione su coche ahí, a la izquierda. Veré si puedo complacerle.

Trent abandonó el vehículo instantes después. Avanzó unos pasos. Dos policías de uniforme salían de la casa.

—Ha quedado hecho trizas —oyó a uno de ellos.

—Por lo menos, dos cartuchos de dinamita —dijo el otro—. Voy a avisar a los de explosivos.

Trent se estremeció. Estaba en el borde del jardín del dueño de la casa en que se había producido la explosión. El buzón para el correo, sobre su poste pintado de blanco, destacaba claramente a la luz de los faroles próximos. Leyó el nombre y su rostro se cubrió de sombras.

—Edwin Mortensen —murmuró.

Stella apareció en la puerta de la casa, junto a dos hombres de paisano y algunos guardias.

—Llévenlos a Jefatura, les interrogaré más tarde —ordenó.

Trent avanzó unos pasos. Ella le vio.

—¡Rim! ¿Qué haces aquí? —exclamó, sorprendida.

—Escuché la explosión —dijo él—. Estaba leyendo en la cama y me pareció en el acto que había sido dinamita.

—¿Cómo pudiste adivinarlo? Vives a bastante distancia...

—Tengo experiencia. Son muchos años de actuar en películas violentas, con explosivos de todas clases. Luego te vi pasar, detrás de un coche de patrulla. Has venido muy rápida, Stella.

La joven se pasó una mano por la frente.

—Había ido al teatro y a cenar con unos amigos —explicó—. Luego regresaba a casa. La costumbre, ¿sabes? Encendí la radio y escuché las llamadas que hacía la patrulla de esta zona.

—Comprendo. Mortensen está muerto, ¿verdad?

—¿Sabías que vivía en esta casa?

Trent señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Lo pone el buzón —contestó.

—Ah... —Stella meneó la cabeza—. Es... horrible.

—Le alcanzó de lleno, a lo que parece.

—Murió instantáneamente. Aún no sabemos cómo ha sucedido... Tal vez una bomba en un paquete...

—¿Me permites que eche un vistazo?

Stella dudó un instante, pero acabó por ceder.

—Entra —dijo—. Lo que vas a ver no es precisamente resultado del departamento de maquillaje de tu productora.

—Demasiado me lo imagino —contestó él.

Entraron en la casa. Desde la puerta del despacho, Trent pudo ver la mesa, volcada hacia la entrada precisamente. Al otro lado, yacía un bulto informe, cubierto de sangre. Los cristales de la ventana habían desaparecido, pulverizados por la fuerza de la onda expansiva.

Trent se acercó a la mesa volcada y, poniéndose en cuclillas, la examinó atentamente durante unos segundos.

—No ha sido un paquete-bomba —dijo al cabo.

—¿Cómo puedes afirmarlo? —se asombró Stella.

—Hace un par de años, intervine en una película, en la que se reprodujo una escena parecida. La mesa era grande, sólida, pesada. —Trent se enderezó y señaló la parte situada frente a la persona que la utilizaba habitualmente—. Primeramente, se simuló la explosión, con un poco de magnesio, que causó un gran fogonazo y mucho humo. Luego, para que la escena resultase verídica, se reprodujo la explosión, con dinamita auténtica, para que se viesen los muebles destrozados.

»Se suponía que la víctima moría, al tirar del cajón central, lo que provocaba la ignición de una mecha cortísima, más bien un chispazo causado por fricción, lo cual provocaba el estallido instantáneamente. Como digo, primero se simuló la explosión y el actor salía despedido con gran violencia, cubierto de sangre y las ropas desgarradas. Todo estaba ya preparado de antemano, por supuesto. Luego, como digo, se hizo la explosión real. Esta mesa y la de la película tiene un aspecto idéntico.

Trent sonrió y añadió:

—En aquel filme, la víctima era yo. Me tocó el papel de malo.

—Es posible que sea como dices —convino Stella.

—Apostaría diez a uno —afirmó Trent, seguro de sí mismo—. Pero ¿cómo se le ocurrió abrir el cajón a estas horas? Quiero decir, hace unos treinta minutos.

—He hablado con uno de sus guardaespaldas. Mortensen se quedó a trabajar. Uno de ellos vigilaba desde el interior. Oyó el teléfono y notó que su jefe hablaba con alguien, pero no pudo

entender lo que decía. Casi enseguida, se produjo la explosión.

Trent entornó los ojos.

—Esa llamada fue la clave de la explosión —dijo—. El tipo que preparó la dinamita, había visto mi película, no cabe duda. También allí se hace una llamada, para atraer la atención de la víctima hacia el cajón central.

—Estos guionistas de cine —exclamó Stella, sulfurada—. No hacen más que dar ideas a los asesinos.

Trent señaló el informe montón de carne ensangrentada, que un agente cubría con una manta en aquellos momentos.

—Y a ése, ¿quién le enseñó a explotar prostitutas?

—Aun así no debía haber muerto.

—Otros pensaron lo contrario —replicó Trent—. Además, te voy a dar una idea. Si todo ha sucedido como pienso, el asesino hizo una llamada desde una cabina telefónica, relativamente cercana. Quizá no pudo verlo, pero sí escuchó la explosión y eso le indicó que su trampa había tenido éxito. Ordena que rastreen la zona en un radio de quinientos metros como máximo, quizá puedas encontrar algo interesante.

Stella le miró de hito en hito.

—¿Sabes que podrías ser un buen policía? —dijo.

Trent se encaminó hacia la puerta.

—De momento, sólo me interesa serlo en el cine —contestó—. Se aprende mucho; la imaginación de los guionistas es muy fértil. Buenas noches, Stella.

—Adiós, Rim.

Trent volvió a la cama. Encendió un cigarrillo y puso las manos bajo la nuca. ¿Quién odiaba tanto a los hombres que años atrás —y aun, ahora, alguno de ellos—, habían dirigido uno de los negocios más repugnantes?

Una venganza, sí, pero ¿por qué? Y, ¿quién?

Dos asesinos, por lo menos, andaban sueltos por la ciudad y nadie podía localizarlos. Ni siquiera había la menor pista sobre su identidad. Lo único que se sabía era que uno de ellos tenía buena estatura y cierta barriga.

Y eso era todo, reconoció desanimado.

Acudió por la mañana al gimnasio, aunque no tenía muchas ganas de hacer ejercicio, pero necesitaba un masaje. Cassie y Della

estaban realizando sus ejercicios de costumbre. Al terminar, Cassie se le acercó. Della quedó a corta distancia.

—No te esperaba hoy —sonrió.

—Más que nada, vengo a que me hagan unos masajes —contestó él.

—¿Cómo te encuentras?

—No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Tampoco me quejo —rió la artista. Se volvió hacia su compañera—: Della, ven —llamó—. Quiero presentarte a un buen amigo y gran actor de cine. Ya conoces su nombre.

Della le tendió la mano.

—Hola, Rim.

—¿Qué tal? —contestó Trent—. Se acabó el día de descanso, ¿verdad?

—Hoy es martes —rió Della—. Cassie, no te entretengas demasiado, recuerda que tenemos ensayo.

—Iré enseguida, cariño.

Cassie volvió a sonreír.

—Ven a buscarme a la salida del club siempre que quieras —dijo.

—Claro, encanto.

Ella se puso de puntillas y besó suavemente los labios del joven.

—Adiós, amor —se despidió.

Eph Kettom se le acercó, meneando la cabeza.

—Te la has metido en el bolsillo, Rim.

—Quizá haya sucedido todo lo contrario, Eph.

—La otra parece más guapa. Es una opinión, claro.

—Sí, pero también da la sensación de ser más fría, más... distante, no sé si me comprendes.

—Por si acaso, tentaste a la suerte con Cassie.

—A veces, las cosas vienen rodadas, Eph. No seas malicioso, hombre.

—Ah, la juventud —suspiro Kettom. Y, en aquel momento, sonó el teléfono que había en el interior de una cabina acristalada, situada en uno de los ángulos del gimnasio—. Perdona, Rim.

Trent encendió un cigarrillo. Hoy no haría ejercicio, pediría simplemente un poco de masaje y...

Kettom le llamó de pronto:

—Rim, es para ti.

Trent cruzó el gimnasio, dando grandes zancadas. Cogió el teléfono, se lo llevó a la oreja y pronunció su nombre.

—Rim, soy Stella. Quiero darte las gracias.

—¿Por qué? —se asombró él.

—Tuviste una buena idea... En primer lugar, quiero decirte que los expertos en explosivos dijeron lo mismo que tú. Alguien copió la idea de aquella película. Pero le pusieron dos cartuchos, en lugar de uno.

—Con lo cual, se aseguraban el éxito de la trampa.

—Justamente. Bien, como comprenderás, ahora vamos a rastrear quién o quiénes han comprado dinamita ilegalmente en los últimos tiempos... en fin, una serie de operaciones de rutina que no es necesario te explique.

—Desde luego. Pero ¿eso es todo?

—No, claro que no. Las gracias son por la idea de rastrear la vecindad. A doscientos metros, encontraron una cabina desde la que, indudablemente, se telefoneó a casa de Mortensen. En el suelo se halló un sobre de fósforos, gastado en parte, con la propaganda de un club nocturno.

—Interesante. Sigue.

—Fueron interrogados todos los vecinos del barrio. Por fin, un hombre declaró que, pocos segundos antes de la explosión, vio a una mujer en aquella cabina. Ella salió corriendo apenas sonó el estampido.

—¿Vio sus facciones?

—No. Estaba medio vuelta de espaldas, pero, en cambio, sí pudo verle el pelo. Muy abundante y rizado... color fuego.

Trent sintió que perdía el aliento.

—Stella, eso no puede ser —exclamó.

—¿Por qué no? El cartoncito de fósforos lleva la propaganda del Hephher's

Club y allí trabajaba una artista pelirroja, que utilizaba el nombre de Rita Fire.

—La conozco —dijo él.

—Me lo suponía. Hemos consultado sus antecedentes a la computadora. Hace cinco años, era una de las chicas protegidas por esa sociedad compuesta por cinco individuos sin escrúpulos, de los

que tres han muerto ya.

—Stella, ¿qué piensas hacer con Rita?

—Lo siento, Rim, pero ya he despachado a un par de detectives para que la traigan arrestada a mi departamento.

—¿Acusada de...?

—Por lo menos, complicidad en homicidio intencionado. Adiós, Rim; gracias de nuevo por todo. Tengo mucho trabajo, dispénsame.

La voz de Stella se apagó. Trent devolvió el teléfono al director del gimnasio.

—¿Malas noticias, Rim? —preguntó Kottom.

—Pésimas —contestó el joven—. Pero lo peor de todo es que, con toda seguridad, se basan en hechos equivocados.

—Diablos, eso puede resultar muy malo.

—Es lo que temo. Adiós, Eph; lo siento, pero hoy no puedo quedarme. Volveré otro día.

Trent abandonó el gimnasio. Le parecía imposible que Rita estuviese complicada en aquella serie de crímenes. Debía haber un error... pero lo peor de todo era que, por el momento, las evidencias estaban contra ella.

CAPÍTULO X

Stella se sentó en el ángulo de la mesa y ofreció un cigarrillo a la detenida, Rita aspiró el humo con ansia.

—Anoche, a las doce, estaba en mi casa, sargento —dijo.

—¿Puede probarlo, señorita Fire?

—Llegué a las diez, más o menos. Los lunes no se trabaja en el club. Cené con unos amigos...

—Y se retiró sola.

—Sí.

—Habrá un conserje en su casa, supongo.

—Claro. ¿Por qué no le preguntan a él?

—Ya lo hemos hecho. La vio llegar, pero luego se retiró a descansar. La casa dispone de portero eléctrico. Nadie sino los vecinos puede entrar en el edificio.

—¿Sospecha qué pude salir, para hacer la llamada telefónica? Tengo teléfono en mi casa. Podía haber llamado desde allí, ¿no le parece?

—Sí, pero, en tal caso, no habría oído la explosión. Desde la residencia de Mortensen a su apartamento, hay casi cinco kilómetros.

—Sargento, le digo que no fui yo, que estuve en casa...

Impasible, Stella abrió una carpeta que había llevado consigo, y sacó una hoja de papel.

—Hace seis años, sufrió un arresto de tres meses, por hurto menor. Un año después, fue arrestada por ejercer la prostitución en las calles.

—¿Y qué? Después he seguido una vida decente... Bueno, sí, me habré acostado con algún hombre, pero por capricho, no por dinero. Trabajé en el cine, ahora me gano bien la vida; tengo un magnífico contrato...

—Era «protegida» de una sociedad compuesta por cinco

hombres. Usted misma se lo dijo a uno de nuestros informadores.

Rita sonrió desdeñosamente.

—¿Rim Trent? Oiga, sargento, le juro que no me imaginé nunca que fuese un «chivato» de la policía. Cuando le vea, le sacaré los ojos con las uñas...

—Puede que tarde mucho en ver al señor Trent —dijo Stella fríamente—. Señorita Fire, resulta evidente que hay alguien que quiere vengarse de esos sujetos. Bueno, ya lo ha conseguido con tres de ellos, más otros dos que también han muerto, sin duda porque tuvieron mucho que ver con aquéllos. Usted ayudó al asesino...

—¡No, soy inocente! —vociferó la artista.

—... o tal vez también cometió alguno de esos crímenes. Anoche, sin ir más lejos, usted telefoneó a Mortensen, sabiendo lo que iba a ocurrir, en cuanto aceptase sus consejos de abrir el cajón central de la mesa de despacho. ¡Lo que hizo fue exactamente igual que si le hubiese apuntado con un revólver otra persona, y usted hubiera apretado el gatillo!

Rita tenía los ojos desorbitados.

—Pero yo no... Sargento, debe creedme; hacía años que no hablaba con Mortensen. En realidad, mis relaciones fueron puramente... profesionales. Hablé con él un par de veces en toda mi vida. Hace ya lo menos cinco años que no le he visto, ni sabía absolutamente nada de él... Créame, no le tenía ninguna simpatía; por lo que había hecho en su vida, era para odiarle a muerte. Pero yo ya estoy bien situada; no tengo necesidad de estropear mi futuro con unos absurdos asesinatos... Lo que me ocurrió, ya sucedió hace tiempo... No he sido una santa, sargento; lo admito, y aun ahora tampoco puedo presumir de absoluta honestidad en ciertos aspectos... Le repito, tengo mi vida bien encarrilada; no soy tan tonta para arruinarme por satisfacer mi venganza...

—Los argumentos parecen claros —admitió Stella—. Pero es indudable que la vio un testigo telefoneando desde una cabina situada escasamente a doscientos metros de distancia de la residencia de Mortensen. Además, se encontró allí un cartoncito de fósforos del

Hepher's

Club, que es donde trabaja usted precisamente... Señorita Fire, ¿qué le hicieron a usted esos hombres en el pasado? No lo que hacen de

una forma general, sino algo mucho peor, y lo suficientemente cruel como para que usted haya guardado en su mente el ánimo de venganza durante todos estos años. Dígame, ¿qué le hicieron?

—Cosas horribles —sollozó Rita—. Pero, insisto, no he sido yo... De todos modos, estuve poco tiempo, una semana apenas. Era... un burdel muy especial... y yo pude escapar, junto con otra chica, y fuimos a la policía y hubo mucho jaleo... pero tenían dinero y pudieron echar tierra sobre el asunto, aunque, desde luego, les clausuraron el negocio. Entonces, se disolvió la sociedad y cada uno tiró por su camino...

De pronto se abrió la puerta del cuarto de interrogatorios y el detective Mendoza asomó un poco.

—Sargento, el señor Trent está en su despacho —anunció.

Stella se apeó de la mesa.

—Está bien. Pedro, haga que la señorita redacte una declaración —indicó—. Especialmente, quiero saber qué ocurrió hace cinco años, con el burdel... muy especial, que fue clausurado y que pertenecía a cinco socios, de los que tres han muerto ya.

—Recuerdo el caso —sonrió Mendoza—. Ya le daré detalles más adelante.

—Gracias.

—Estás en un error, Stella —dijo Trent, a la vez que ofrecía fuego a la joven.

Stella le miró a través de las nubes de humo de su cigarrillo.

—¿Por qué estoy en un error? ¿Vas a ponerte la mano en el pecho, como en el teatro de época, y decir: «Juro que esta hermosa mujer es inocente»?

—No seas cáustica —rezongó el joven—. Conozco un poco a Rita. Hemos trabajado juntos. No tiene un pasado edificante, pero ha sabido emerger y volver al buen camino.

—Sí, ya me lo ha dicho ella.

Trent hizo caso omiso de la ironía.

—Rita podrá tener todos los defectos que quiera —prosiguió—. Pero ni de lejos se comprometería en un caso de asesinato. Hombre, no digo yo que si se sintiera muy furiosa y en un acceso repentino... Pero de ahí a planear esos crímenes con tanta efectividad...

—Puede que ella sea sólo el cómplice, y que haya otro que resulte verdaderamente el autor.

—¿Y quién lo ha visto alguna vez? Nadie, ¿verdad? Además, ¿estás segura de que la vieron telefonear segundos antes de que se produjera la explosión? —preguntó el joven.

—Rim, sobre eso no cabe la menor duda. La vieron, ¿entiendes?

—Dime, ¿qué es lo que vio el testigo?

—Una mujer, pelirroja... No le vio la cara, pero sí supo que era mujer, por la abundante cabellera... y por las piernas, claro. Iba con falda corta... Muy estrecha, desde luego.

—¿De qué color era la ropa de esa mujer?

—Negro. Vestía enteramente de negro, de los pies a la cabeza. Blusa, o jersey muy fino, falda, como digo, medias y zapatos.

—Todo negro, ¿eh? Entonces, no fue Rita.

—Ah, lo dices tú, y todos hemos de creer...

—Stella, Rita detesta el negro. Es una aversión casi patológica. No usa jamás nada negro en su ropa. De cada cien veces, noventa llevará la ropa interior de color rojo, aunque el vestido sea de otros tonos. ¡Pero jamás la verás con ninguna prenda de color negro, ni siquiera el bolso!

—Estás muy bien enterado de los gustos de esa dama en cuestión de indumentaria —comentó Stella sardónicamente.

—Trabajamos juntos en *El último revólver* —respondió él, impasible—. Rita tenía que aparecer como la dueña de un *saloon*, ya sabes, vestidos muy aparatosos, falda corta, gran escote, hombros y brazos al aire... El encargado de vestuario y ella tuvieron la gran trifulca. Quería el hombre que su vestido fuese negro. Rita dijo que antes abandonaría el estudio... y consiguió un vestido rojo. Como máxima concesión, y no creo que lo haya vuelto a repetir, se puso unas medias negras, dado el papel que representaba. Pero, mujer, ¡por Dios! Ve ahora mismo al sitio en donde la tienes encerrada y dile que te enseñe su ropa interior. ¿Qué vestido lleva puesto ahora?

Stella se mordió los labios.

—Uno de color fucsia —contestó.

—¿Lo ves?

—Pero ha podido romper con la costumbre, porque estimó que la ocasión lo merecía...

Stella se interrumpió, porque presentía que Trent le estaba diciendo la verdad.

—A pesar de todo —agregó—, el color rojo, en la noche, puede confundirse.

—¿Sí? Y, ¿cómo no se confundió el testigo con el color del pelo? Stella, contéstame, ¿ha dicho el testigo algo sobre la estatura de la mujer a la que vio telefonear?

—Le pareció que era bastante alta. Buen tipo...

—Rita tiene bonita figura, pero es de mediana estatura. Es más; he estado pensando mucho en el asunto, y tengo la seguridad de que interviene una mujer. Dados los antecedentes de las víctimas, no tiene nada de extraordinario. Pero ¿recuerdas el sujeto que fue visto en el jardín de Mortensen? Alto, de vientre un tanto prominente...

—Sí, es cierto.

—El peso era de sesenta y cinco o setenta kilos, según las huellas. Pero ¿no se te ha podido ocurrir que fuese una mujer, con pesos suplementarios en torno a la cintura, para que sus pisadas quedasen marcadas con la presión adecuada al peso de un hombre y no al suyo, que no pasaría de los cincuenta o cincuenta y cinco como máximo?

—¿Quieres decir que fueron tan inteligentes como para pensar en eso?

—¿Por qué no? Hasta ahora, cada vez que se lo han propuesto, alguien ha muerto. Lógicamente, quieren ocultar sus huellas...

—Y a ti, ¿por qué quisieron matarte? ¿Acaso conoces a los asesinos?

Trem hizo un gesto negativo.

—No —contestó.

—Pero ellos creen que sí los conoces.

—Créeme, no tengo la menor idea de su identidad. Pero sí puedo afirmar que Rita no ha sido.

Stella sonrió maliciosamente.

—¿Cómo sabes que le gusta la ropa interior de color rojo? —preguntó.

—Un caballero debe ser siempre discreto —contestó.

—Quizá te aplicas un calificativo que no te corresponde.

—Si hubiera visto tu ropa interior, tampoco lo diría a otras personas.

Stella se sofocó vivamente. Trent se puso en pie.

—Un consejo: deja libre a Rita. Alguien la ha utilizado como cabeza de turco, para desviar sospechas. Naturalmente, el que lo hizo sabe que Rita podía tener motivos de venganza contra los muertos.

—No puedo darte una respuesta todavía —manifestó la joven—. Voy a hablar nuevamente con ella. De lo que me diga... resultará su libertad o una acusación formal.

—Desearía que la soltases, Stella. Te aprecio muchísimo, y quiero celebrar tus éxitos, no lamentar tus fracasos —se despidió el joven.

CAPÍTULO XI

Dannu Turbolt salió de su casa, después de que los guardaespaldas le hubiesen informado de que todo estaba despejado en las inmediaciones. Turbolt cruzó rápidamente el jardín que había ante la fachada de su residencia y llegó a la acera.

El automóvil aguardaba con el motor en marcha. De pronto, se oyó un tenue silbido, seguido de un ruido sordo.

Turbolt se tambaleó, a la vez que se echaba ambas manos a la garganta, de la que brotaban sonidos incoherentes. Sus esbirros se sintieron enfermos al ver la flecha que traspasaba el cuello de Turbolt, de lado a lado.

De la punta de la flecha caían algunas gotitas rojas. Antes de que pudieran socorrerle, Turbolt cayó al suelo, pataleando convulsivamente.

Cuando llegó al hospital, ya había muerto.

El puño del capitán Collins hizo saltar todo lo que había encima de su mesa.

—¡Ahora emplean el arco y las flechas! —bramó—. La próxima vez, supongo, usarán un *tomahawk*... o quizá un cañón antitanque. Sargento, ¿se da cuenta de que estamos siendo el hazmerreír de la ciudad?

Stella suspiró.

—Lo sé perfectamente, señor —contestó—. Pero parece que todo el mundo tenga la boca sellada. Nadie quiere hablar, y el que lo hace, da respuestas vagas e inconcretas... Lo único que sabemos es que se trata de una venganza, y que los muertos, en tiempos, hicieron cosas horribles.

—Entonces, no hay duda de que se trata de una venganza.

—Sí. Alguien resultó perjudicado en aquella época.

—¿Hombre?

—Esas cosas no puede hacerlas una mujer, capitán.

—¿Ah, no? Dígame, Stella, ¿por qué ha llegado usted a sargento?

La joven se ruborizó.

—Eso es distinto...

—No demasiado. Si quisiera vengarse de alguien, podría prepararle un montón de trampas. Lo mismo sucede con los asesinos de la noche. Por lo menos, interviene una mujer. Y, a propósito de mujeres, ¿qué pasa con esa artista?

—La he soltado, señor.

—¿Ha probado su coartada?

—Las declaraciones del único testigo son lo suficientemente vagas como para no poder formular una acusación en debida forma. El señor Trent habló conmigo...

—Y la convenció.

—Me dijo muchas cosas interesantes y llenas de razón, capitán. No obstante, yo he hecho indagaciones por otros conductos. El comportamiento de Rita Fire, en los últimos cinco años, es irreprochable. Realmente, supo abandonar la mala vida. Tiene un cartel excelente; carece de sentido que quiera arruinar su futuro por satisfacer sus ansias de venganza. Puede que pensara vengarse en alguna ocasión, pero es mujer sensata, y sabe que ello no le reportaría ningún beneficio.

Collins hizo una mueca.

—Ahora, un arco y una flecha... ¿Qué emplearán con el próximo?

—¿Ricardo Torre?

—Sí. Es el único que falta. ¿Por qué no vuelve a interrogarle de nuevo? Pero ahora, apriétele las clavijas. Hágale que suelte todo lo que sabe. Llévase a Roberts y Mendoza y sáquenle la verdad, aunque sea con tenazas.

—Bien, señor. —Meditabunda, Stella añadió—: Sólo falta Torre, en efecto, el único que queda vivo de los cinco socios, pero ¿por qué tuvieron que morir Rorton y Tabrole?

—Torre se lo dirá, muchacha. Ande, vaya y vuélvalo del revés, como un guante.

Stella asintió y dejó el despacho. En efecto, Ricardo Torre era su última oportunidad.

Rita tenía el pelo suelto y la cara limpia de maquillaje, lo que le confería una palidez que no era habitual en ella. Retiró la cafetera del fuego, llenó dos tazas y entregó una a su visitante.

—Gracias por tu ayuda, Rim —dijo, con débil sonrisa.

Trent palmeó la mesa.

—Siéntate —indicó—. Tenemos que hablar.

—Quisieron comprometerme —se quejó la artista.

—Lo sé. Eso lo hizo alguien qué sabe que trabajas en el

Hepher's

Club. No es tan difícil, decenas de personas te ven actuar a diario. Pero la cosa viene de mucho más lejos, de cinco años, por lo menos.

—Eso es lo que creo yo —suspiró Rita.

—Cuéntame, ¿qué pasaba hace cinco años?

—Cosas horribles. Por fortuna, yo pude escapar, con otra chica, que llevaba más tiempo en el mismo sitio, y denunciarnos a la policía lo que sucedía en aquel lugar tan espantoso. Ellos pudieron taparlo, a base de mucho dinero... Pero habían ganado ya lo suficiente...

—¿Recuerdas el nombre de la otra muchacha?

—Sí. Leda Holmes. Ella estuvo casi tres meses... Tenía más aguante que yo, por lo visto.

—¿Os llevaron a la fuerza?

—¿Crees que fuimos por gusto? Hubo una que se negó y tuvo que pasarse casi dos años en el hospital. ¡Le rompieron los dos brazos y las dos piernas, la mandíbula inferior; le saltaron un ojo...!

—¿Quién lo hizo?

—Rorton y Tabrelo. Eran dos fieras. Merecían morir, te lo aseguro.

—Leda Holmes —repitió Trent—. ¿No era ésa la chica a la que un tipo quería arañarle la cara con sus uñas de metal?

—Sí, la misma.

Trent apuró el café y se puso en pie.

—Creo que iré a verla —sonrió.

Rita fue hacia el joven y le agarró por los brazos, a la vez que le miraba fijamente.

—No sé qué decirte... Me has sacado de un serio compromiso...

Trent sonrió.

—Porque conocía tu manía.

—¿Cómo?

—Nunca usas ropa interior negra, ni menos vestidos del mismo color —respondió él.

—Detesto el negro —declaró Rita—. Ya sé que hay mujeres a las que le sienta maravillosamente, pero, en mi caso, es fobia. No lo puedo remediar.

De pronto, se echó a reír.

—¿Qué dijo la sargento Howe cuando se enteró de que tú sabías cómo llevaba la ropa interior?

—Bueno, es una chica muy comprensiva...

—¿No se enfadó contigo?

—¿Por qué había de enfadarse, muñeca?

Rita sonrió.

—Es una mujer encantadora —dijo.

—Somos buenos amigos —contestó Trent—. Celebro haberte ayudado, Rita.

—Nunca lo olvidaré, Rim.

—Sabía que eras inocente —dijo el joven—. Bien, ahora vamos a escuchar lo que tiene que decirme Leda. Espero que sea interesante.

Roberts conducía y Stella viajaba a su lado. Mendoza iba en el asiento posterior. Al llegar frente a la casa donde vivía Torre, se apearon cada uno por su lado, y se dispusieron a cruzar el jardín.

Entonces, sonó un disparo.

La bala arrancó chispas del asfalto. Stella y sus acompañantes corrieron a guarecerse detrás del coche.

—¡No se acerquen! —gritó alguien, desde el interior de la casa—. Esto ha sido sólo un aviso. Tiraré a matar la próxima vez. ¿Me han oído?

—¡Señor Torre! Queremos hablarle —gritó Stella—. Somos de la policía...

—¿Cree que voy a dejarme engañar por un truco tan burdo?

—Está gadito de miedo —observó Mendoza.

—En su lugar, yo también tendría los calzoncillos manchados de color marrón —dijo Roberts burlonamente.

—Cuando hayan terminado sus comentarios, tiren de la cadena —refunfuñó Stella—. ¡Señor Torre! —Alzó la voz nuevamente—. Le aseguro que somos de la policía...

—¡No me diga!

—Los otros han muerto siempre durante la noche. Son las once de la mañana. ¿Por qué íbamos a venir a pecho descubierto, si fuésemos los asesinos?

Mendoza y Roberts cambiaron una mirada y sonrieron maliciosamente. La joven se dio cuenta y su cara se cubrió de rubor en el acto.

—A «pecho descubierto» es sólo una metáfora, gente lúbrica y obscena —dijo.

—Será mejor que llame por la radio a los hombres del grupo especial SWAT... —propuso Roberts.

—No, esto podemos solucionarlo nosotros. —Stella sacó su placa del bolso y la mostró en alto—. Señor Torre, déjeme avanzar unos cuantos pasos. Vea mi identificación...

Hubo un instante de silencio. Luego sonó la voz del sujeto:

—Usted sola y sin nada en las manos, más que su placa.

Stella dejó el bolso y salió de detrás del coche. En la mano derecha llevaba la pequeña billetera de piel, a la que estaba sujeta su placa. El brazo izquierdo permanecía horizontal.

Por la ventana asomaba el cañón de un rifle. Torre estudió a la joven un momento.

—Entre —dijo—. Pero no intente nada sospechoso o la freiré a balazos.

—Eso sólo empeoraría su situación, señor Torre —contestó Stella serenamente—. Llamaré a mis ayudantes...

—¡No, usted sola!

—Muy bien, como quiera. —Stella se volvió—. Aguarden ahí; el señor Torre y yo vamos a conversar.

La puerta se abrió. Stella pudo ver a un hombre con los ojos enrojecidos, el cabello revuelto y la ropa en desorden.

—Parece que tiene miedo, señor Torre —observó.

—¿Y quién no? —contestó el sujeto.

—Lo cual significa que su conciencia es lo más parecido al carbón.

—Todos somos pecadores...

—No me diga —se burló Stella—. ¿Quiere dársela ahora de santurrón? ¿Después de lo que usted y los otros hicieron con su famoso burdel, hace cinco años?

Torre se pasó una mano por la cara.

—La verdad es que yo no estaba de acuerdo con los métodos...

—Pero, como ganaba buen dinero, cerraba los ojos.

—¡Por favor, no me lo reproche más! —contestó el hombre malhumoradamente—. Aquello ya pasó...

—Por lo visto, no. Todavía hay alguien que lo recuerda. —Stella dio un paso hacia adelante, y se apoderó del rifle—. Señor Torre, siéntese ahí y empiece a hablar. Cuéntemelo todo, ¿entiende? Todo, absolutamente, sin omitir el menor detalle. Lo que diga servirá tanto para su protección actual como para la benevolencia del tribunal, si tuviera que ser juzgado.

Torre vaciló un momento. Fue a una consola, llenó un vaso a medias, tomó un par de tragos con singular avidez y luego se volvió hacia la joven.

—Está bien, hablaré —dijo al cabo.

Un cuarto de hora más tarde, Stella salía disparada de la casa.

—Pedro, quédese con el señor Torre —ordenó—. Roberts, usted y yo nos vamos inmediatamente. Creo que ya tengo la solución del caso.

CAPÍTULO XII

Trent frunció el ceño.

—¿De verdad les hacían todas esas cosas? —preguntó.

Leda Holmes lanzó una sarcástica carcajada.

—Todo lo que pueda imaginarse, es poco —respondió—. Ni siquiera en las películas se ven cosas como las que pasaban allí.

De pronto, se quitó la bata y giró en redondo, mostrando su cuerpo casi desnudo al visitante.

—Aún tengo señales en la espalda. ¿Las ve?

Trent asintió.

—Cúbrase, por favor.

Leda volvió a ponerse la bata.

—Allí acudían toda clase de clientes, con dinero, por supuesto, porque aquello era un sitio muy caro. Usted no puede darse cuenta de la cantidad de degenerados que hay en este mundo. Venían tipos con unos gustos rarísimos, aunque, desde luego, los más corrientes eran los sádicos... sí, esos que sólo disfrutaban azotando a una mujer... o a varias a la vez, según sus gustos y el dinero que estuviesen dispuestos a pagar. Pero no faltaban tampoco los de signo contrario. Masa... Moso...

—Masoquistas —puntualizó Trent.

—Sí, eso, de los que les gusta recibir. Había uno que siempre me buscaba a mí... y se ponía desnudo, a cuatro patas, y yo tenía que cabalgarle, mientras le daba fustazos en la espalda. Eso le bastaba... Oiga, no sé qué clase de gusto puede obtener un hombre así... Con lo sencillo y alegre que es ponerse encima de una mujer... A esos tipos deberían encerrarlos en un manicomio... o cortarles los...

—Como a Tabrole.

Leda frunció el ceño.

—Rorton y él eran los perros guardianes, y nos arreaban unas palizas tremendas, hasta que acababan doblegándonos. Pero

Tabrole, sobre todo, era el peor de los dos. Sé de una chica que murió, porque la pateó en... Bueno, imagínese el sitio. Tuvo una hemorragia espantosa y murió en menos de media hora...

—¿Y no llamaron a un médico?

—¿Un médico? No diga tonterías, hombre. La dejaron morir, desangrándose, mientras gritaba desesperadamente...

Muy nerviosa, Leda encendió un cigarrillo.

—¿Por qué ha venido a recordarme todo eso? —barbotó—. Los muertos están bien muertos, quienquiera que sea el que los mató...

—Leda, cuénteme más cosas. Trate de recordar nombres, por favor. Usted estuvo allí más tiempo que Rita Fire, ¿no es verdad?

—Sí, unos tres meses, y me parecieron tres siglos de infierno. De modo que quiere que le dé nombres.

—Los que pueda.

—No creo que le sirva de mucho. Muchas de las chicas no usaban su nombre auténtico, ya comprenderá los motivos. Pero si tanto empeño tiene...

—Por favor, Leda.

Trent sacó una libreta, y escribió una docena de nombres. Uno de ellos atrajo especialmente su atención.

Entornó los ojos. ¿Era posible que...?

—Leda, ¿aquel burdel? ¿Tenía algún nombre especial? —preguntó.

—Sí, claro.

Un segundo después, Trent sentía que la luz se había hecho en su mente. Guardó la libreta y se dispuso a salir.

—Espere un momento —dijo ella.

Trent se volvió.

—Dígame, Leda.

—Oiga, usted me ha caído simpático desde el primer momento... Bueno, quiero decir que se portó muy bien cuando el Puma quiso arañarme...

—Oh, no se preocupe. No tiene ninguna importancia.

—Lo que quería decirle es... Bien, siempre que quiera, venga a verme. Nunca tendré un «no» para usted.

Trent sonrió.

—Lo recordaré. Gracias, Leda.

Cuando detuvo el coche, faltaban escasamente diez minutos para

las doce. Entró en el gimnasio y contestó jovialmente al saludo de Kottom.

Cassie y Della realizaban su entrenamiento habitual. Trent no pudo por menos de admirar aquellos cuerpos jóvenes y esbeltos, de firmes contornos, uno de los cuales había vibrado de pasión en sus brazos. Pero en el recuerdo de lo ocurrido había ahora un amargo sabor de cenizas.

La música cesó y las dos artistas suspendieron su ejercicio. Trent avanzó hacia ellas.

—Quiero hablar con ustedes —dijo.

—Luego, Rim —dijo Cassie, mientras se pasaba una toalla por la cara, brillante de sudor.

—Ahora, por favor.

Della le miró inquisitivamente.

—¿Qué le sucede, Trent?

—Será mejor que nos lo tomemos con un poco de calma. Lo que hemos de hablar se refiere a un lugar que ya no existe y que hace cinco años se llamaba La Parrilla, un nombre muy adecuado para alguien que lo ha calificado como de infierno.

Cassie se puso rígida instantáneamente.

—Nunca he oído hablar de ese sitio —contestó—. ¿Y tú, Della?

—Tampoco.

—Hace cinco años, La Parrilla era un burdel muy especial, en donde los clientes con gustos raros, y dinero, claro, podían satisfacer sus caprichos, por extraños que fuesen. Las infelices que estaban allí, tenían que obedecer o eran cruelmente azotadas. Algunas, una por lo menos, murió. Se llamaba Katy Shaw, y la causa de su muerte fue un puntapié que le propinó un sujeto llamado Tony Tabrole, lo cual le originó una espantosa hemorragia, que la desangró en media hora, sin que nadie pudiera socorrerla.

Cassie estaba terriblemente pálida. Della, observó Trent, se mantenía más serena, aunque también aparecía visiblemente afectada.

—Allí, en La Parrilla, había dos chicas. Entonces se llamaba Della Pelton y Carrie Drossold. Ahora se llaman Della Penton y Cassie Drummond.

Hubo un momento de silencio, muy intenso. Kottom, en un rincón del gimnasio, tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

Al cabo de unos segundos, Della rompió el silencio:

—Rint, ¿cómo lo has sabido?

—Rorton fue el que mató a Katy de una patada. Las reconoció a las dos, cierta noche. Ustedes lo negaron. Le hicieron una excelente demostración de su arte en la defensa personal sin armas.

—Eso no quiere decir nada, Rint —exclamó Cassie con voz ronca.

—Tuviste una pesadilla en mi casa. Fue un mal sueño y te despertaste sudando. Mientras soñabas, hablaste en voz alta y pronunciaste el nombre de La Parrilla.

La palidez de Cassie se acentuó. Della, por el contrario, dio un paso hacia adelante.

—Rim, creo que ya lo sabe —dijo.

—Sí. Y usted temía que yo acabase por averiguarlo, o no habría empleado el fusil que utilizó para volar la cabeza de Phelps.

—Ése no era el motivo, Rim.

Trent respingó. Sus ojos se volvieron hacia Della, que aparecía ahora inexplicablemente ruborizada.

—Creo que entiendo, Delia —murmuró.

—Lo celebro mucho —sonrió la aludida.

—Entonces, habrá que pensar en que usted es la principal culpable —dijo Trent.

Della se encogió de hombros.

—Tómelo como guste —respondió—. No podrá probar nada... Pero ¿no cree que esos salvajes se merecían la muerte mil veces?

—Nadie debe tomarse la justicia por su mano, Della.

—¡Nosotras, sí! —gritó la joven, con acento rebosante de odio—. Usted no ha tenido que padecer los mil tormentos en aquel lugar infernal, someterse a humillaciones sin cuento, hacer cosas que ni siquiera es capaz de imaginarse... No vio morir a una pobre chica, desangrada, con las entrañas perforadas por un zapato de puntera aguda... Si hubiera visto, si hubiera padecido todo aquello, nos comprendería, créame.

—Las comprendo, pero no puedo justificar sus acciones —respondió Trent serenamente.

—Cassie y yo juramos vengarnos algún día. Ella también, no vaya a pensar que la idea fue mía solamente. ¿Sabe?, Tabrole tenía que morir como murió. Ojo por ojo, ¿recuerda el Talión? Lo hicimos

ambas, en memoria de Katy Shaw. Y se lo dijimos, cuando lo atamos al sillón.

—Luego le enviaron aquellos despojos a Mortensen.

Della se echó a reír.

—¿Sabe por qué? Cuando Tabrole le contó lo que había pasado, se divirtió muchísimo y le dio unas palmaditas en la espalda. Los otros también lo sabían y callaron. Rorton era el tipo que usaba el látigo casi siempre y disfrutaba como un loco con nuestros gritos.

La joven hizo un movimiento con la cabeza.

—Oh, sí, tenían que morir. Nos lo juramos entonces y lo hemos cumplido. Hemos tardado años; queríamos evitar los posibles fallos.

—Y entrenarse con las armas, la dinamita, el arco y las lechas, aparte de aprender judo y karate, ¿verdad?

—No podíamos fallar.

—Pero fallaron. La que puso el cable en la bañera, llevaba un suplemento de peso, para dar la sensación de que era un hombre.

—Muy perspicaz, Rim.

—Hacer cine enseña mucho. Los guionistas no pueden permitirse el lujo de cometer errores. Ustedes, sí, también, cuando trataron de involucrar a Rita Fire, utilizando una peluca roja, no importa cuál de las dos lo hiciera. Rita no usa jamás el color negro en su ropa, ni en los vestidos ni en la lencería.

Della se volvió hacia su compañera.

—¿Cuál de las dos cometió el error? —preguntó.

Cassie permaneció silenciosa un momento. Luego dijo:

—¿Importa ya mucho, Della?

—La policía encontrará en alguna parte un fusil, con silenciador y mira telescópica —dijo Trent—. También hallará una peluca roja, un arco, flechas, quizá dinamita... el mango de un punzón que se quedó en el cuerpo de Rorton... Pero Ricardo Torre está vivo todavía. ¿Qué suerte le esperaba?

—Una cuerda de piano —contestó Della, sin pestañear.

Trent se estremeció. Una forma de morir particularmente horrible, se dijo. La soga ya era algo malo de por sí, pero una cuerda de piano... En torno al cuello, hundiéndose profundamente en la carne...

—¿Por qué, Della?

—Torre estranguló a una de las chicas con sus propias manos.

Estaba borracho. Pero aún se encontrarán sus huesos en el jardín de aquella maldita residencia. Y los de Katy Shaw...

—Della, ¿se sintió celosa de mí?

—¿Cómo dice?

—Quiso matarme, pero yo aún no sabía nada que pudiera comprometerlas. No le gustaba que Cassie se sintiese inclinada hacia mí, ¿verdad?

El hermoso semblante de Della se convulsionó. También ella tenía la mente enferma, pensó Trent. Al mirar a Cassie, la vio sofocada, avergonzada... Las causas del atentado estaban bien claras. Della no podía permitir una sexualidad normal en su pareja.

—Rim, ¿qué hará ahora? —preguntó Della.

—La policía debe tomar cartas en el asunto —respondió él.

Della retrocedió unos pasos. Su toalla estaba encima de un banco. De pronto algo surgió en la mano de la artista.

—No irá a la policía, Rim —dijo.

Entonces, Cassie lanzó un chillido agudísimo.

—¡Della, no, él no tiene la culpa...!

El estampido cortó bruscamente su grito, transformándolo en un gemido ahogado. Della se desconcertó, al darse cuenta de que la bala había alcanzado otro blanco, al interponerse Cassie en su trayectoria.

La joven empezó a caer. De súbito, se oyó una voz en la entrada del gimnasio:

—¡Policía! ¡Tire el arma!

Della emitió un rugido de fiera y se volvió, con el revólver sujeto con ambas manos. Roberts disparó antes.

La bala alcanzó a Della entre los senos y la lanzó hacia atrás. Primero se sentó en el banco, desfalleciendo rápidamente. Estuvo así unos instantes y luego se dobló a un lado, para acabar dando la vuelta y quedar boca arriba en el suelo de brillante cemento.

Trent se arrodilló junto a Cassie y le sostuvo la cabeza con las manos. Ella le miró un instante. Luego emitió un leve suspiro y sus ojos se vidriaron.

Stella avanzó unos pasos.

—Rim, no vuelvas a hacer más de policía —dijo severamente—. No nos gusta la competencia de los aficionados.

Trent dejó que el cuerpo de Cassie reposara sobre el frío

pavimento. Luego se puso en pie.

—En medio de todo, fueron buenas algún día —murmuró—. Iré luego a tu despacho. Tengo mucho que contarte.

—Está bien —dijo ella, mirándole con simpatía.

Roberts estaba en el teléfono, llamando a la ambulancia y al forense. Con paso cansino, arrastrando los pies, Trent abandonó el lugar donde había finalizado la existencia de dos mujeres.

En realidad, habían empezado a morir muchos años antes, pensó amargamente.

La sirena del motorista de tráfico se acercó a todo volumen. Stella se sobresaltó un tanto. El guardia la rebasó y, con la mano derecha, le hizo señales de que se apartase a un lado. Ella, disciplinada y respetuosa, obedeció.

El motorista se acercó al coche, con la libreta en una mano y el lápiz en la otra.

—Señora, ¿tiene licencia de piloto? —preguntó—. Volaba un poco bajo, no le parece.

—Agente, le aseguro que iba a la velocidad máxima permitida —contestó Stella. Sacó su placa—. Sargento Howe, de Homicidios...

El motorista se subió la visera coloreada y luego se quitó el casco. Stella se irritó.

—¡Rim! ¿Qué broma es ésta? —preguntó furiosamente—. ¿Por qué vestes un uniforme que no te corresponde?

Trent se echó a reír. Metió libreta y lápiz en el casco y lo lanzó todo hacía alguien que se acercaba al coche.

—Una toma perfecta, señor Trent —dijo el hombre—. Mañana, a la misma hora.

—O. K., Blackie.

Stella tenía la boca abierta. A pocos pasos de distancia, estaba el camión, sobre el que se hallaban los operadores de cine y el personal auxiliar.

—De modo que ha sido una escena... ficticia...

Con toda desenvoltura, Trent se quitó la camisa de uniforme y se puso una cazadora, que le entregaba el ayudante.

—Hemos iniciado el rodaje de una película —explicó—. Me ha correspondido el papel de un motorista de tráfico, quisquilloso, entrometido y curiosón. Puede ser el papel de mi carrera, Stella.

—Lo celebraría infinito, Rim —sonrió la joven.

Trent abrió la otra portezuela, y se sentó en el coche.

—Arranca —dijo—. Tenemos que hablar, encanto.

—¿De qué?

—He solicitado una licencia de matrimonio. Tienes que acompañarme a firmar los documentos.

—Vaya, diríase que quieres casarte conmigo —resopló Stella.

—¿Te disgustaría?

—¿Has olvidado ya a Cassie Drummond?

Trent se puso serio, de pronto.

—Fue... una aventura —contestó—. Pero creo que Cassie ansiaba liberarse del influjo de Della.

—La mente fuerte.

—Sí.

—No lo consiguió.

—A veces, la muerte es una liberación —dijo Trent, filósofo.

—Sí, puede que tengas razón. Ah, Torre ha sido acusado formalmente de asesinato. Ahora ya dispondremos de testigos suficientes.

—Se merece cualquier cosa —gruñó Trent.

—Eso es ya asunto del fiscal —respondió Stella—. Rim, ¿cuándo nos casaremos?

—Hoy es lunes. Hemos iniciado la serie, para la televisión, con trece capítulos, por el momento. Si resulta, se prolongará y también prorrogarán el contrato del motorista aficionado a resolver casos criminales. Pero en este trabajo, los sábados y domingos se respetan absolutamente.

—Entonces, nos casaríamos el sábado próximo.

—Justamente.

—Y, ¿dónde pasaríamos la luna de miel?

—¿Qué te parece el rancho de los Bowles?

Stella sonrió.

—Un lugar maravilloso, Rim —contestó.

Trent suspiró.

—Será una luna de miel repartida en trece fines de semanas —dijo—. Aunque pienso que así resultará mejor, ¿no te parece?

—Lo que interesa es que la luna de miel dure toda la vida —deseó la joven.

—Durará, te lo garantizo —afirmó él.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

